

**SI TENGO FE
¿POR QUÉ LOS
PROBLEMAS?**



OSVALDO REBOLLEDA

SI TENGO FE ¿POR QUÉ LOS PROBLEMAS?



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
El evangelio del Reino y los resultados.....	10
Capítulo dos:	
Cuando creemos que nuestra fe no funciona.....	25
Capítulo tres:	
Tormentas de Dios o tormentas del diablo.....	37
Capítulo cuatro:	
La realidad del Antiguo Testamento.....	52
Capítulo cinco:	
La verdad en los evangelios.....	66
Capítulo seis:	
La revelación del Nuevo Pacto.....	78

Capítulo siete:

La cultura del Siglo XXI y la Fe.....92

Epílogo.....107

Reconocimientos.....115

Sobre el autor.....117



INTRODUCCIÓN

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”

Romanos 8:28

La fe cristiana es uno de los tesoros más grandes que el ser humano puede recibir. Es la puerta de entrada a la gracia, el vínculo que nos conecta con Dios, la certeza de lo que se espera y la convicción de lo que no se ve (**Hebreos 11:1**). Sin embargo, a lo largo de los siglos, y con mayor fuerza en nuestro tiempo, la fe ha sido objeto de malentendidos y deformaciones.

Muchos hombres y mujeres se acercan a Dios con la expectativa de que la fe será la llave mágica que resolverá todos sus problemas, que la asistencia a una iglesia o la confesión de unas palabras será suficiente para que todo en su vida marche sobre ruedas. Pero, cuando descubren que la realidad no responde a esas expectativas, la frustración y el desconcierto terminan golpeando sus almas.

Vivimos en una época donde el mensaje del evangelio ha sido reducido en muchos púlpitos a un discurso meramente motivacional, cargado de promesas humanas, y centrado en la superación personal, la prosperidad material y la ausencia de conflictos. No es raro escuchar expresiones

como: “Si tienes fe, todo te saldrá bien”, “Si crees lo suficiente, nunca sufrirás” o “Si declaras con poder, nada podrá tocarte”. Estas palabras suenan dulces al oído de quienes anhelan un escape inmediato de sus cargas, pero tarde o temprano chocan con la crudeza de la vida y dejan tras de sí un rastro de desilusión.

La verdad, sin embargo, es otra. Las Escrituras nunca nos prometieron un camino libre de pruebas, ni un cielo en la tierra anticipado. Jesús mismo, con claridad meridiana, advirtió a sus discípulos: ***“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33)***. La fe no es un pasaporte hacia una vida sin sufrimientos, sino la certeza que nos sostiene en medio de ellos; no es un talismán que nos exime de las tormentas, sino el ancla firme que evita que el barco de nuestra alma naufrague en medio del mar embravecido.

Cuando los creyentes no comprenden esta verdad, es común que piensen que su fe no funciona, que algo anda mal en ellos, o que el diablo tiene más poder del que realmente posee. Y aunque el adversario de nuestras almas actúa con astucia, la mayor parte de la confusión nace de paradigmas equivocados que se han sembrado en el corazón. Paradigmas que reducen la fe a un mecanismo de éxito personal, a una llave para alcanzar deseos, a una fórmula mágica que garantiza resultados inmediatos.

Este libro nace para confrontar esas ideas y conducir al lector hacia la verdadera esencia de la vida en Cristo. No se

trata de negar que Dios obra milagros, responde oraciones y transforma situaciones imposibles, porque Él lo hace y lo seguirá haciendo. Se trata de comprender que la fe no está diseñada para evitarnos todos los problemas, sino para capacitarnos a enfrentarlos con valentía.

No para que todo nos salga bien según nuestras expectativas, sino para que en todo, aun en lo que parece salir mal, experimentemos la bondad, la fidelidad y la soberanía de Dios. Como declara el apóstol Pablo en **Romanos 8:28**: *“Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”*.

El desafío de nuestra generación es reaprender lo que significa confiar. Creer no es manipular a Dios con nuestras palabras, sino rendirnos a Su voluntad; no es usar al Señor como un medio para obtener lo que queremos, sino abrazar la cruz y seguirle aunque el camino se torne oscuro. La fe auténtica nos eleva por encima de las circunstancias porque nos recuerda que no estamos solos, que Cristo camina con nosotros, que el Espíritu Santo nos fortalece y que el Padre ordena cada paso, aun los que parecen torpes o dolorosos.

Muchos cristianos han sido heridos porque se les prometió que la vida en Cristo sería un jardín sin espinas. Y cuando descubren que, aun en Cristo, hay lágrimas, luchas, enfermedades, pérdidas y conflictos, sienten que fueron engañados. Pero el evangelio nunca nos prometió ausencia

de espinas; nos prometió la compañía del Buen Pastor, que nos guía, nos sostiene y nos guarda en medio de las pruebas.

Nunca nos dijo que el horno de fuego sería apagado, sino que dentro del horno estaríamos acompañados, como lo estuvieron Sadrac, Mesac y Abed-nego en Babilonia. Nunca nos aseguró que no habría valles de sombra de muerte, sino que en medio de ellos Su vara y Su cayado nos infundirán aliento.

El propósito de este libro, entonces, es ayudar al creyente a cambiar estos paradigmas. No se trata de negar la realidad de los problemas ni de minimizar el dolor, sino de mostrar cómo la fe transforma nuestra manera de enfrentarlos. Queremos despojarnos de una visión infantil de la vida cristiana que espera que Dios sea un mayordomo que cumple deseos, para abrazar la madurez espiritual que entiende que la fe nos introduce en una relación de confianza con el Señor, donde Su voluntad es mejor que la nuestra y Sus planes superan nuestra comprensión.

Al avanzar por estas páginas, seremos confrontados con verdades bíblicas que quizá incomoden, pero también seremos consolados con la gracia de Dios que nunca falla. Descubriremos que la fe no es un contrato de beneficios inmediatos, sino un pacto eterno de amor; que no es la garantía de que todo saldrá como esperamos, sino la certeza de que Dios está con nosotros en todo momento.

Entenderemos que el valor de la fe no radica en su capacidad de evitarnos el mal, sino en el poder de hacernos cada vez más semejantes a Cristo en medio de cualquier circunstancia. Lo que glorifica a Dios no es que se nos solucionen todos los problemas, sino que demos fe en lo suficiente como para atravesar cualquier adversidad.

Este no es un libro de soluciones rápidas, sino de transformaciones profundas. Mi oración es que, al leerlo, nuestro corazón sea iluminado para discernir que la fe es más gloriosa de lo que jamás imaginamos, no porque nos ahorra el dolor, sino porque nos da la victoria sobre él.

Si alguna vez se han preguntado: “Si tengo fe, ¿por qué los problemas?”, este viaje espiritual está diseñado para mostrarnos que, en realidad, nada está mal cuando confiamos en el Señor, porque incluso aquello que parece adverso se convierte en el taller divino donde Dios forja nuestro carácter, nuestra esperanza y nuestra semejanza a Cristo.

“Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”

2 Corintios 3:17 y 18



Capítulo uno

EL EVANGELIO DEL REINO Y LOS RESULTADOS

“Muchos planes hay en el corazón del hombre, pero sólo el propósito de Dios se cumplirá.”

Proverbios 19:21 (RVA)

En este tiempo estamos viviendo una cultura absolutamente exitista, en la cual el resultado de las acciones se juzga principalmente por el éxito o el fracaso, sin considerar los procesos, el esfuerzo, los valores morales o la experiencia adquirida durante el camino hacia un mañana mejor. Digamos que, para la sociedad actual, lo que importa es la satisfacción y el bienestar presente.

Cuando pensamos en resultados, inmediatamente nuestra mente se acomoda al lenguaje del sistema. Nos hemos acostumbrado a vivir en un tiempo donde todo se mide por estadísticas y donde las inversiones para un mañana mejor no parecen sabias. El análisis superficial de muchas personas hoy en día es: La vida es una sola y debemos pasarla bien; hay que tratar de ser felices hoy.

Esto puede parecer un paradigma con cierta lógica, pero la verdad es que estas ideas anulan cualquier tipo de sacrificio, esfuerzo o entrega en pos de un ideal mayor. El meta-modernismo no se caracteriza por la conquista de ideales. Lo que importa es el hoy, el disfrute, el bienestar y el éxito a cualquier precio.

Las estadísticas parecieran demostrar quiénes lo están logrando y quiénes están fracasando en esto. La superficialidad de lo material, de lo visible, de lo perecedero, hace que muchos estén pendientes de la cantidad de seguidores en una red social, de los bienes obtenidos, de los ingresos de una empresa, de la productividad en un empleo, o de la acumulación de logros que puedan ser contados, comparados y celebrados.

En el caso de la Iglesia, muchas veces se mide el éxito por la cantidad de asistentes a las reuniones, la calidad de las instalaciones, el equipamiento, los eventos, la expansión y, por supuesto, la capacidad financiera. Lo lamentable es que, en pos de estas cosas, algunos negocian todo, incluso el mensaje del evangelio.

Esto evidencia que no solamente la gente está buscando el éxito estadístico, sino que también lo hace la Iglesia. Una combinación que puede terminar siendo perversa, porque la gente busca lo suyo, la Iglesia procura complacer para sacar provecho y Dios permanece ajeno a estas ambiciones humanas.

La cultura actual ha elevado la métrica a la categoría de verdad, como si el valor de algo residiera únicamente en su capacidad de mostrar cifras visibles y comprobables. Sin embargo, Dios no ve como ve el hombre. El Creador no mide con estadísticas, ni define el éxito de la misma manera que lo hace el mundo. Su propósito pasa por otro lado y, si nosotros no procuramos la revelación para comprenderlo, terminaremos frustrados.

En las Escrituras vemos una y otra vez que lo que para el hombre parece pequeño, irrelevante o frágil, para Dios puede ser el punto de partida de un propósito eterno. ¿Qué resultado visible tuvo Noé durante los años de construcción del arca? Su obra parecía ridícula para su generación, pero se transformó en el instrumento de salvación de toda la humanidad. Hoy cualquiera diría que no vale la pena tanto esfuerzo para que lo disfruten generaciones futuras. La gente quiere su éxito y su disfrute hoy.

¿Qué cifras podría mostrar Jeremías al final de su ministerio? Fue despreciado, encarcelado, desoído, y sin embargo, su fidelidad lo hizo un profeta firme, cuya palabra permanece viva hasta hoy. Si miramos los “resultados” de la cruz, a simple vista fueron derrota, fracaso y vergüenza. Pero en el Reino, aquel aparente fracaso es el triunfo supremo de Dios sobre el pecado y la muerte.

Muchos hombres y mujeres del pasado fueron portadores de un mensaje que ni siquiera era para ellos. Dieron sus vidas y fueron traspasados por sus misiones, pero

consideraron que valía la pena el sacrificio con tal de que algunas personas que desconocían recibieran la verdad. Al respecto, Pedro escribió:

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas...”

1 Pedro 1:10 al 12

El evangelio del Reino nos enseña a trasladar nuestra mirada de lo visible a lo eterno. Podemos tener planes, expectativas, proyecciones y proyectos, pero al momento de entrar a la gracia de la vida en Cristo, el propósito de Dios es el que debe prevalecer, más allá de nuestras metas personales, incluso de nuestro bienestar.

Aquí es donde se establece la gran diferencia entre un evangelio centrado en las expectativas humanas y el verdadero evangelio del Reino. El primero se fundamenta en nuestros deseos y necesidades; el segundo se sostiene en el plan eterno de Dios en Cristo Jesús.

La realidad es que la gente no busca a Dios. Pablo lo afirma con claridad: ***“No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios...”*** (Romanos 3:11). Lo que la gente busca

es una solución a sus problemas inmediatos: un alivio a sus dolores emocionales, una respuesta a sus dificultades económicas, un arreglo a sus relaciones quebradas, un escape de sus cargas cotidianas. Pero nadie está buscando a Dios. Por eso, el mensaje del evangelio no es atractivo, mientras que un “pare de sufrir” puede llamar la atención de muchos.

El hombre natural corre tras aquello que cree que es la raíz de su sufrimiento, pero la mayoría de las veces confunde lo superficial con lo esencial. Por eso, con frecuencia se acerca al mensaje del evangelio esperando que este se convierta en un manual de autoayuda espiritual, para mejorar sus condiciones de vida, pero no lo hace pensando en demandas.

Sin embargo, el evangelio del Reino no se centra en satisfacer la lista de deseos de cada individuo. Su poder es mucho mayor y más profundo: resuelve los problemas más radicales y trascendentes del ser humano, aquellos que ninguna psicología ni filosofía pueden resolver. El evangelio del Reino responde a la necesidad de salvación, reconciliando al hombre con su Creador; y responde a la necesidad de propósito, dando dirección y sentido a una vida que, sin Dios, se reduce a un ciclo vacío de placeres efímeros y dolores inevitables.

Estas dos dimensiones, salvación y propósito, constituyen el corazón del mensaje del Reino. Todo lo demás, aunque pueda ser importante en el plano terrenal, es secundario ante la magnitud de lo eterno. Es más: la

salvación es la necesidad de una humanidad caída y el único camino para volver a posicionarla; y el propósito tiene que ver con el plan de Dios, no con los nuestros.

El gran desafío es que la gente insiste en pensar que sus verdaderos problemas son los que afectan su comodidad o su estabilidad emocional: las heridas sentimentales, los conflictos familiares, las deudas económicas, las injusticias laborales. Todas estas realidades son dolorosas y afectan profundamente la vida de las personas, pero ninguna de ellas es la raíz del mal humano.

No quiero parecer falto de empatía con la necesidad de la gente, porque yo no soy ajeno a los padecimientos de la vida. De hecho, debo ser claro: el evangelio del Reino sí puede cambiar las situaciones presentes y mejorar nuestra vida en todos los aspectos, pero ese no es su objetivo principal. Incluso debemos ser conscientes de que, en algunos casos, primeramente puede complicarlo todo.

Saulo de Tarso era un hombre de prestigio y de poder, pero cuando el Señor lo confrontó camino a Damasco, todo cambió para él. Conoció la gracia maravillosa, pero naturalmente los problemas recién comenzaban. Jesús fue muy claro al respecto: aun los de nuestra propia casa pueden convertirse en enemigos espirituales (**Mateo 10:36**).

La raíz de los problemas humanos es más profunda de lo que llegamos a comprender. El pecado mantiene al hombre separado de Dios y, cuando somos trasladados de las tinieblas

a la luz, todo nuestro entorno permanece en el bando opuesto. Por eso, aunque el evangelio puede traer paz a un corazón quebrantado, también puede generar hostilidad momentánea en el seno familiar.

Por supuesto, la gracia del Señor puede sanar una enfermedad, traer provisión en medio de la escasez o fortaleza en medio de una crisis personal. Pero el evangelio no fue diseñado simplemente como un instrumento de resolución temporal de conflictos; el objetivo del Reino es mucho más elevado que nuestra situación personal, y por eso debemos procurar comprenderlo (**Isaías 55:8**).

El problema no es la gente en sí misma, con sus luchas, temores y necesidades. El verdadero problema es el mensaje incorrecto que se ha multiplicado en nuestros días. Cuando la Iglesia predica un evangelio distorsionado, centrado en promesas de éxito, salud y prosperidad inmediata, está ofreciendo una ilusión que tarde o temprano puede derrumbarse. Comprender esto es precisamente lo que pretendo despertar para ayudar a mis hermanos.

El “pare de sufrir” resulta tentador porque apela al deseo natural del ser humano de escapar del dolor. Pero no es verdadero, porque niega la realidad misma de la vida cristiana y la enseñanza de Jesús, quien dijo:

“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”.

Juan 16:33

El mensaje de que “Dios solucionará nuestros problemas” suena atractivo, pero encierra una peligrosa falsedad. Dios no se compromete con cada expectativa humana como si fuera un sirviente de nuestros caprichos. Él se compromete con Su propósito eterno, y en ese propósito incluye nuestra santificación, nuestra formación en Cristo y nuestra transformación interior.

A veces esa obra requiere atravesar el fuego de la prueba, la incomodidad del desierto o el dolor de la pérdida. Pretender un evangelio sin aflicciones es pretender un evangelio sin cruz, y un evangelio sin cruz no es el evangelio del Reino: aquel que el Señor dijo que debíamos predicar (**Mateo 24:14**).

Dios nos otorga su gracia en Cristo, y esa gracia nos conduce a una vida plena, llena de esperanza, paz y propósito. Pero plenitud no significa que cada área de nuestra vida será acomodada a nuestra medida. Plenitud significa que, incluso en medio de lo que no entendemos, poseemos una fuente de gozo y seguridad que trasciende las circunstancias.

De hecho, el Reino nos otorga un nuevo enfoque de vida, ya que dejamos de vivir para lo inmediato y comenzamos a vivir para lo eterno. Esa plenitud no es ausencia de problemas, sino la certeza de que, en Cristo, todo lo que atravesamos se convierte en parte de un plan mayor, glorioso y eterno.

En el Reino, los procesos, las aflicciones e incluso el quebranto forman parte de la esencia del éxito verdadero. Pero deberíamos preguntarnos: ¿Qué es éxito en el Reino? No es reconocimiento, ni abundancia material, ni ausencia de dificultades, sino fidelidad a Cristo y conformidad a su imagen. A la luz de esta verdad, el quebranto puede ser más exitoso que la prosperidad, porque en el quebranto se forma el carácter y se purifica el corazón.

La aflicción puede ser más fructífera que la comodidad, porque en la aflicción aprendemos a depender de Dios. Los procesos largos y dolorosos pueden ser más gloriosos que las soluciones rápidas, porque en ellos se manifiesta la gloria de un Dios que trabaja en lo secreto y nos prepara para la eternidad.

Por eso, este libro no pretende alimentar falsas esperanzas, sino enfocar nuestra mirada en la verdad del evangelio del Reino. Si hoy todo parece salir mal, quizá no se trate de un fracaso, sino de una invitación de Dios a redefinir lo que realmente significa vivir por fe. La fe no es un pasaporte a una vida sin problemas, sino la certeza de que, aun en medio de todo, Dios está cumpliendo Su propósito eterno en nosotros.

El desafío más grande que enfrenta la Iglesia de nuestro tiempo no es la falta de recursos ni la hostilidad cultural, sino la tentación de ofrecer un mensaje diluido, adaptado a las expectativas de la gente, pero desconectado del propósito de Dios. En muchas ocasiones, por la presión

de crecer, llenar templos o mostrar resultados rápidos, se ha cedido al deseo de predicar lo que agrada al oído en lugar de proclamar lo que transforma el corazón. La consecuencia de esto, es una generación de creyentes que abrazan un evangelio parcial, reducido a una especie de herramienta de autoayuda espiritual, incapaz de sostenerlos cuando llegan las tormentas de la vida.

El evangelio del Reino no promete inmunidad frente al dolor, pero sí promete presencia en medio de la aflicción. No ofrece un camino libre de lágrimas, pero asegura que cada lágrima será recogida por Dios y tendrá un sentido en su plan eterno. No garantiza riquezas materiales, pero abre la puerta a una herencia incorruptible y eterna.

El problema con un mensaje centrado en la idea de que “Dios solucionará nuestros problemas” es que, tarde o temprano, la vida nos demostrará lo contrario. La enfermedad tocará a la puerta, la pérdida se hará presente, la injusticia aparecerá en algún momento. Cuando eso ocurra, quienes abrazaron un evangelio de falsas promesas se sentirán engañados y abandonados, porque pusieron su fe en un beneficio temporal y no en la obra eterna de Cristo.

Por eso debemos recordar que el evangelio verdadero no consiste en la promesa de resultados inmediatos, sino en la invitación a seguir a Cristo en el camino de la cruz. Jesús nunca presentó un llamado basado en beneficios fáciles, sino en el costo de la entrega total:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame”

Lucas 9:23

Esta declaración es un escándalo para una generación acostumbrada al confort, pero es la esencia de la vida cristiana. La cruz no es un obstáculo para la fe; es el camino mismo de la fe.

El Reino de Dios redefine lo que significa la victoria. El mundo llama victoria a la ausencia de derrotas visibles; Dios llama victoria a la fidelidad hasta el final. El mundo celebra la abundancia de posesiones; Dios celebra la riqueza de un corazón desprendido. El mundo exalta a quienes conquistan poder; Dios exalta a los humildes y a los quebrantados de espíritu.

Cuando entendemos esto, nuestra percepción del fracaso cambia radicalmente. Lo que para otros es fracaso, para Dios puede ser fruto eterno. Lo que para otros es pérdida, para Dios puede ser ganancia. Pablo lo entendió cuando dijo: ***“Lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida por amor de Cristo” (Filipenses 3:7).***

Muchos creyentes viven desanimados porque piensan que su fe no funciona si los problemas persisten. Pero el error no está en la fe, sino en la expectativa equivocada que se ha sembrado en ellos. La fe no es exigir a Dios que cumpla nuestros deseos; la fe es descansar en que Dios cumplirá su propósito, aun cuando sus caminos sean incomprensibles. La

fe no es manipular lo divino con decretos humanos; la fe es rendirse al consejo eterno de Aquel que todo lo gobierna. La fe madura no se mide por lo que recibimos, sino por lo que entregamos, aun en medio del dolor.

Necesitamos recuperar una visión más bíblica y menos utilitaria del evangelio. El evangelio del Reino no se trata de nosotros en el centro, sino de Cristo en el Trono. Cuando el hombre ocupa el lugar principal, el mensaje se convierte en un mercado de promesas: “ven a Dios y todo mejorará en tu vida”. Pero cuando Cristo es el centro, el mensaje se convierte en una proclamación gloriosa: “ven a Cristo, y en Él encontrarás vida eterna y propósito, aun si tu mundo personal se desmorona”.

La madurez espiritual consiste en comprender que no siempre habrá respuestas inmediatas a nuestras preguntas ni soluciones rápidas a nuestras crisis. Pero, en medio de ese silencio aparente, Dios sigue obrando. El Reino crece como la semilla en lo secreto, sin que el hombre lo entienda ni lo vea al principio, hasta que da fruto abundante. Así también, la obra de Dios en nosotros avanza muchas veces en lo oculto de nuestras lágrimas, en la perseverancia callada, en la fidelidad que nadie aplaude. Los resultados del Reino no se miden en la superficie, sino en la eternidad.

Tal vez esta sea una de las mayores lecciones que necesitamos redescubrir: los procesos son parte del éxito en el Reino. En una cultura obsesionada con la inmediatez, Dios

nos invita a caminar por procesos largos, donde aprendemos a confiar, a esperar, a madurar.

Las aflicciones no son interrupciones en nuestra vida espiritual, sino herramientas que Dios usa para formar nuestro carácter. El quebranto no es la evidencia del abandono de Dios, sino muchas veces el lugar donde más profundamente experimentamos Su gracia. El éxito verdadero, entonces, no es salir ileso de la vida, sino ser hallados firmes en Cristo, aun con cicatrices en el cuerpo y en el alma.

El evangelio del Reino nos libra de la frustración de esperar que todo nos salga bien, y nos conduce a la libertad de entender que, aunque todo parezca salir mal, el plan de Dios no falla. Esta es la paradoja de la fe: el triunfo de Cristo se manifestó en la cruz, y nuestra victoria se manifiesta muchas veces en medio de lo que otros llaman derrota.

La fe no nos evita la aflicción, pero nos asegura que ninguna aflicción es inútil. La fe no nos da control absoluto sobre la vida, pero nos da la certeza de que todo está en las manos de Aquel que es Señor de la historia.

El evangelio del Reino nos enseña a mirar la vida desde otra perspectiva: la de lo eterno. Cuando Jesús predicaba, muchas personas lo seguían esperando pan, milagros y soluciones inmediatas. Pero Él, con ternura y firmeza, los dirigía siempre hacia el Reino de su Padre:

“Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33).

Con esta frase, el Señor dejaba claro el orden correcto: lo primero es el Reino y su justicia; lo segundo es todo lo demás. El problema es que nosotros solemos invertir ese orden: buscamos primero “todas estas cosas” y, si queda lugar, pensamos en el Reino. Esa inversión nos lleva a la frustración, porque tratamos de vivir la fe como una herramienta para obtener resultados en lugar de como un camino para rendirnos a la voluntad de Dios.

La diferencia entre un evangelio centrado en el hombre y el evangelio del Reino radica en la prioridad de los valores. Cuando el centro es el hombre, el mensaje gira en torno a su felicidad, sus logros, su bienestar. Cuando el centro es Cristo, el mensaje gira en torno a Su gloria, Su voluntad y Su propósito eterno. Es cierto que Dios cuida de nosotros, que escucha nuestras oraciones y que está atento a nuestras necesidades. Pero Su objetivo no es consentir nuestros deseos, sino formar en nosotros el carácter de Cristo y hacernos partícipes de su misión en el mundo.

Por eso, cuando enfrentamos momentos en que parece que todo nos sale mal, la pregunta que debemos hacernos no es: “¿Por qué Dios no soluciona mis problemas?”, sino: “¿Qué está haciendo Dios en medio de esto para cumplir su propósito en mí?”. Esa pregunta cambia el foco. Nos libera de la amargura de esperar resultados inmediatos y nos abre a la esperanza de ver la mano de Dios obrando en el largo

plazo. Nos enseña a confiar en que, aun cuando no lo vemos, Él sigue siendo fiel y soberano.

Reitero: este libro busca ayudarnos a reenfocar nuestra mirada en esa dirección. Porque, si bien es humano preguntarse: ¿Por qué, si tengo fe me acechan los problemas?, la respuesta del evangelio del Reino nos muestra que lo importante no es que las cosas salgan como esperamos, sino que en medio de ellas aprendamos a confiar, a obedecer y a perseverar. El Reino no es un atajo hacia la comodidad, sino un camino hacia la eternidad.

“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”

2 Corintios 4:17 y 18



Capítulo dos

CUANDO CREEMOS QUE NUESTRA FE NO FUNCIONA

“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”

2 Corintios 12:9

El evangelio del Reino no fue proclamado como un mensaje limitado a quienes atravesaban problemas personales. No nació como un recurso de emergencia para los que sufrían crisis familiares, matrimoniales, económicas o emocionales, sino como la proclamación universal de la soberanía de Dios sobre toda la creación.

Desde el inicio de su ministerio, Jesús no ofreció bienestar como objetivo central, sino que anunció con claridad: *“El Reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio”* (Marcos 1:15). Esa declaración resume el núcleo del mensaje: no se trata de un “paquete de soluciones”, sino de un llamado al arrepentimiento, a la transformación y a la obediencia bajo un nuevo gobierno.

No obstante, a lo largo del tiempo la Iglesia ha encontrado terreno fértil entre quienes sufren necesidades. Y es comprensible: los que se sienten quebrantados, enfermos, marginados o cargados de dolor son más receptivos a un mensaje que trae esperanza.

Jesús mismo dijo que vino a buscar y a salvar lo que se había perdido, y es innegable que su ministerio estuvo lleno de milagros y sanidades. Pero aquí debemos detenemos y examinar un punto crucial: Cristo nunca separó los milagros de la predicación del Reino. Cada sanidad era un signo, un anticipo del Reino, no el Reino mismo. Cada liberación de un endemoniado era una señal de que el Reino había llegado, no la meta última del evangelio.

Cuando reducimos el mensaje a la solución de problemas, corremos el riesgo de generar en los oyentes una expectativa distorsionada. En lugar de ver el Reino como el señorío de Dios que exige sumisión, lo ven como un recurso a su disposición.

Jesús multiplicó los panes y los peces porque la gente tenía hambre. No fue ese el propósito de la convocatoria. De hecho, determinó alimentarlos porque ya llevaban tres días escuchándolo sin comer, y pensó que, si los dejaba volver a sus hogares sin alimentarse, podrían llegar a desmayarse en el camino (**Mateo 15:32**). Incluso, cuando al día siguiente supo que lo buscaban nuevamente, Jesús se apartó. Él no estaba interesado en generar milagros para resolver problemas con el propósito de captar seguidores.

Jesús tenía compasión de las personas y podía sentir en sí mismo el clamor de los afligidos, y lo sigue haciendo. Ese no es el punto. Yo creo y predico que Jesús puede hacer cualquier milagro en favor de los que están pasando por necesidades y aflicciones. Lo que digo es que ese no es el objetivo principal, porque, al final, todo milagro tiene fecha de vencimiento, excepto Su propósito eterno.

Cuando la gente recibe su milagro y el mensaje sigue siendo el de “Pidan y Dios hará”, los roles se invierten, y en lugar de preguntar: “Señor, ¿qué quieres tú que haga?”, se convierten en consumidores y demandantes de promesas. El resultado es un evangelio mutilado, reducido a una transacción: “Yo creo, Dios me resuelve”. Esta visión parcial es la raíz de muchos de los conflictos de fe que los cristianos atraviesan después de dar sus primeros pasos en la vida espiritual.

La experiencia de muchos creyentes lo confirma: al llegar a la fe, sienten un entusiasmo inicial. Ven cambios inmediatos, experimentan paz en el corazón, escuchan que Dios responde sus oraciones, y eso los fortalece. Pero cuando pasa el tiempo y la enfermedad no se sana, cuando el matrimonio sigue siendo difícil, cuando la economía no mejora o incluso empeora, aparece una pregunta devastadora: “¿Será que mi fe no funciona?”. El corazón se llena de dudas, la mente se nubla, y lo que antes era certeza ahora se transforma en confusión.

Pero el problema no está en que la fe no funcione. El problema está en el mensaje que recibieron. Un evangelio reducido a promesas de bienestar inmediato no prepara a nadie para enfrentar la adversidad. No equipa para la perseverancia. No enseña a confiar en Dios más allá de los resultados. Por eso, cuando los resultados no llegan, la fe se tambalea. La raíz no es la fragilidad de las personas, sino la superficialidad del mensaje que se les predicó.

Aclaro que no considero que el mensaje evangelizador del Reino deba anunciar desgracias, porque es un mensaje de gracia. No debería anunciar el mal, porque es un mensaje de bien. No debería anunciar conflictos, porque es un mensaje de paz. Tampoco tengo problemas con los milagros; estos son extraordinarios y necesarios. Lo que digo es que lo más importante es presentar a Jesucristo como Señor.

Hace unos años, ministrando en una obra muy importante de otra nación, me preguntaron si yo estaba en contra de los milagros. El tema que debía desarrollar en aquel congreso fue el poder del Reino, y enseñé que el poder del Reino es la autoridad de su Rey y el gobierno sobre su pueblo. Por supuesto, esto también implica el dominio sobre las circunstancias y la capacidad de revertir adversidades, pero el poder sigue siendo gobierno. Eso fue lo que desconoció Adán en el huerto y lo que recuperó Jesús en el Calvario.

La gloria de un rey radica en que su pueblo le obedezca, no en que pueda darle al pueblo todo lo que desea. Dios no es un gobernante populista que, ante el clamor del

pueblo, le concede todos los beneficios gratuitamente para ganar votos. Dios no necesita eso. Él es Rey y, una vez que lo conocemos, debemos sujetarnos a Su voluntad, no al revés.

Aquí llegamos a un punto crítico: el evangelio del Reino no necesita adornos ni edulcorantes para ser atractivo. No requiere un “gancho” emocional para convencer a la gente. Su poder radica en que porta vida en sí mismo. Cristo no ofreció garantías de éxito terrenal, sino vida eterna. No prometió ausencia de problemas, sino su presencia en medio de ellos. Y esa es la verdad que libera.

Nuestro mayor deleite es el Señor, y eso es lo primero que Él nos brinda. Si nos ofreciera otras cosas como paliativos de nuestra plenitud, solo estaría negando la única y gran verdad del Nuevo Pacto: que la gracia, la vida, la luz, la paz, la plenitud y todos los beneficios están en la persona de Cristo. En Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**), y fuera de Él no hay nada en esta vida, ni en toda la eternidad.

“¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra.”

Salmo 73:25

Una de las realidades más duras de la vida cristiana es que muchos creyentes comienzan su camino espiritual con la ilusión de haber encontrado la solución definitiva a todos sus problemas. Y es cierto, en un sentido profundo: en Cristo se encuentra todo. Pero eso no significa que todas las

dificultades terrenales desaparecerán. Al contrario, Jesús fue honesto con sus discípulos al decirles: ***“En el mundo tendréis aflicción...”*** (Juan 16:33). Por supuesto, puede que los problemas provengan de otras fuentes, pero ciertamente vendrán.

En el Reino, el éxito es obedecer al Rey y reflejar su esencia a través del fruto de su Espíritu en nosotros. En el mundo, el fracaso es no alcanzar metas visibles. En el Reino, el fracaso es endurecer el corazón, no dar frutos espirituales, resistirse al propósito de Dios y vivir sin fidelidad. En el mundo, los resultados se miden en cifras. En el Reino, los resultados se miden en eternidad. El que siembra en lágrimas puede no ver la cosecha en esta vida, pero en la eternidad hallará un fruto abundante.

Esta visión nos prepara para enfrentar la vida con un enfoque claro. Ya no esperamos que todo nos salga bien, sino que confiamos en que, aun cuando todo parezca salir mal, Dios sigue siendo nuestro Señor. Esto nos guarda de la decepción y nos da firmeza para perseverar. De hecho, la fe más genuina se forja en medio de la prueba. No es cuando todo fluye según nuestras expectativas que demostramos confianza en Dios, sino cuando seguimos creyendo en Su bondad a pesar de la adversidad. Ahí, en la noche oscura de la fe, es donde más brillan las estrellas del Reino.

El evangelio del Reino, entonces, no es una invitación a una vida sin problemas, sino a una vida con propósito. No es un llamado a evitar el dolor, sino a descubrir el sentido del

dolor en Cristo. No es una promesa de soluciones inmediatas, sino una certeza de gloria eterna. Esta verdad nos confronta, pero también nos libera. Nos confronta porque nos quita las falsas expectativas que tantas veces alimentamos. Nos libera porque nos da la paz de descansar en un Dios que gobierna con sabiduría perfecta. Pablo escribió:

“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; pero cuando llegué a ser hombre, dejé las cosas de niño.”

1 Corintios 13:11

Los creyentes inmaduros, sin embargo, interpretan la fe como un recurso que debe producir resultados inmediatos. Si ora, espera una respuesta en cuestión de días. Si ofrenda, espera prosperidad automática. Si se congrega, espera protección absoluta contra todo mal. Pero cuando la vida real contradice estas expectativas, comienza una lucha interna.

Es ante la falta de resultados que se preguntan: “¿Será que Dios no me escucha? ¿Será que tengo poca fe? ¿Será que no soy digno de sus promesas?”. La frustración puede convertirse en enojo contra Dios, y el enojo en frialdad espiritual. Muchos, lamentablemente, abandonan la fe no porque Dios haya fallado, sino porque recibieron un evangelio incompleto.

Recuerdo que, en el tiempo que ejercíamos el pastorado, una mujer comenzó a congregarse con nosotros y su primer pedido fue que sus hijos obtuvieran buenos

resultados en la escuela. Ella no asistía siempre a las reuniones y no podíamos enseñarle todo, pero sí participaba en las reuniones de oración matinales.

Un día desapareció y nadie sabía nada de ella, así que la buscamos para alentarla, pero nos llevamos la sorpresa de que estaba muy enojada con Dios. Después de su compromiso de orar todas las mañanas, sus hijos habían salido mal en sus exámenes. De hecho, esos jóvenes eran adolescentes que nunca se habían congregado y parecía que tampoco estudiaban. ¿Qué tenía que ver Dios con todo eso?

Nosotros nunca le prometimos nada por medio de la fe, pero aquí encontramos un paradigma instalado en la sociedad: la gente cree que si Dios existe puede hacer todo lo que se le pida, y que lo único que se necesita es fe. Sin embargo, la verdad es que quienes no han recibido la gracia de la vida en Cristo ni siquiera saben lo que es la fe.

Aquí entra en juego no solo la vida espiritual, sino también la necesidad de la madurez espiritual. Los niños reclaman ser complacidos; los adultos, en cambio, saben asumir responsabilidades. Lo mismo ocurre en la vida espiritual: la inmadurez exige milagros inmediatos, mientras que la madurez espiritual persevera aun en el silencio. Los inmaduros preguntan: “¿Por qué Dios no hace lo que quiero?”, mientras que los maduros declaran: “Hágase tu voluntad, Señor, y no la mía”.

El escritor de Hebreos lo deja bien en claro: muchos de los héroes de la fe recibieron milagros extraordinarios, pero otros padecieron hambre, cárceles, azotes y muerte (**Hebreos 11**). Y aun así, todos fueron aprobados por Dios. La medida de la fe no es lo que recibimos, sino la fidelidad con la que permanecemos. En otras palabras, la fe no se mide por resultados visibles, sino por obediencia invisible.

El gran desafío de la Iglesia es enseñar esto con claridad. Si seguimos alimentando la expectativa de un evangelio centrado en los problemas humanos, seguiremos produciendo creyentes débiles que abandonan al primer tropiezo. Pero si predicamos con valentía que la fe es confianza radical en el carácter de Dios, incluso cuando las puertas permanecen cerradas, formaremos discípulos resistentes, capaces de perseverar hasta el fin.

Cuando alguien dice: “Mi fe no funciona”, está confesando que entiende la fe como un mecanismo utilitario. Cree que la fe es una fórmula mágica que debe producir resultados a voluntad. Pero la fe bíblica es todo lo contrario: es entregar la voluntad personal para someterse a la de Dios. No es exigir respuestas inmediatas, sino confiar en que Dios, en Su soberanía, sabe lo que hace y cuándo lo hace.

La solución pastoral a este problema no consiste en culpar al creyente por su incredulidad, ni en presionarlo con la idea de que “debe tener más fe”. El verdadero camino es redirigirlo hacia Cristo mismo. El objeto de nuestra fe no es la sanidad, ni el milagro, ni la prosperidad, sino Cristo. Él es

el fundamento de todo. Cuando ponemos la fe en sus beneficios y no en Su persona, tarde o temprano caeremos en frustración. Pero cuando depositamos la fe en Su señorío, podemos atravesar cualquier valle confiando en que Él es fiel.

El evangelio del Reino no necesita maquillajes para ser aceptado. Jesucristo es la verdad y punto. Lo que se requiere no es edulcorar el mensaje, sino predicarlo con valentía, mostrando que el camino del discípulo incluye renuncia, cruz, obediencia y perseverancia. Solo así se edifica una iglesia madura, capaz de resistir las tormentas sin derrumbarse.

La aplicación práctica de esta verdad es clara: necesitamos formar creyentes que entiendan que su fe no está diseñada para evitar el sufrimiento, sino para sostenerlos en medio de él; que comprendan que el objetivo de la fe no es mejorar sus circunstancias, sino transformar su carácter; que descubran que, aunque todo a su alrededor parezca salir mal, si permanecen en Cristo están en el centro de la voluntad de Dios, y nada puede arrebatarnos esa seguridad.

La exhortación final es esta: no digamos más: “mi fe no funciona”. Revisemos en qué o en quién hemos puesto nuestra fe. Si la pusimos en los resultados, terminaremos frustrados. Pero si la ponemos en Cristo, nunca seremos defraudados. La madurez espiritual consiste en vivir no de acuerdo con las circunstancias, sino de acuerdo con la verdad eterna del Reino. Y esa verdad nos recuerda que la fe no es

un recurso humano para obtener beneficios, sino una respuesta divina que nos llama a permanecer fieles hasta el fin cualquiera sea la circunstancia.

Así, la conclusión es clara: lo importante no es que todo nos salga bien, sino que en todo Cristo sea formado en nosotros. Lo importante no es que nuestra vida se ajuste a nuestros planes, sino que nuestros planes se sometan al consejo eterno de Dios. Lo importante no es que los resultados visibles confirmen nuestro éxito, sino que el fruto invisible de fidelidad, santidad y amor, dé testimonio de la obra de Dios en nosotros.

Quizá, en este momento, estamos atravesando diferentes pruebas, decepciones o pérdidas que parecen contradecir nuestra fe. Pero debemos recordar que nuestra fe no se mide por los resultados visibles, sino por nuestra confianza en el Dios invisible. El evangelio del Reino no nos promete que todo nos saldrá bien, pero sí nos asegura que todo cooperará para el bien de los que aman a Dios y son llamados conforme a su propósito (**Romanos 8:28**). Y esa verdad es más firme, más gloriosa y más duradera que cualquier promesa de resultados inmediatos.

Al final, lo que permanece no son nuestras metas alcanzadas ni nuestros logros visibles, sino la obra de Cristo en nosotros. Ese es el verdadero resultado del evangelio del Reino: vidas transformadas, corazones rendidos, hombres y mujeres que, aun cuando todo parezca salir mal, reflejan el olor grato de Cristo en medio de un mundo en tinieblas.

“Más gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.”

1 Corintios 15:57 y 58



Capítulo tres

TORMENTAS DE DIOS O TORMENTAS DEL DIABLO

“Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza.”

Salmo 46:1 al 3

La vida, en su ineludible realidad, está marcada por la presencia de tormentas. Nadie está exento de ellas. Jóvenes y ancianos, ricos y pobres, creyentes e incrédulos, todos, en algún momento de su travesía, sentirán el viento violento de pruebas que azotan con fuerza y que parecieran querer destruir los fundamentos de la existencia.

Las tormentas no piden permiso, no esperan un momento conveniente; irrumpen en la historia humana con violencia y, muchas veces, con sorpresa. La Palabra de Dios nunca nos prometió una vida sin tormentas; lo que sí nos aseguró es Su presencia fiel en medio de ellas.

Las tormentas no son una posibilidad remota, sino una certeza inevitable. Lo que nos distingue como hijos de Dios no es la ausencia de pruebas, sino la manera en que enfrentamos las tempestades. Mientras muchos se hunden en la desesperación, el creyente aprende a levantar los ojos al cielo y recordar que el Dios soberano gobierna sobre cada viento y cada ola.

Ahora bien, cuando hablamos de tormentas en la vida cristiana, no todas tienen el mismo origen ni el mismo propósito. Algunas provienen del enemigo de nuestras almas, que se levanta con furia contra aquellos que caminan en obediencia y propósito, tratando de desviarlos de su destino en Cristo. Otras son provocadas por el mismo Dios, no como castigo sin sentido, sino como un acto de amor correctivo, un llamado al arrepentimiento y a la reorientación del camino.

La diferencia entre una tormenta del diablo y una tormenta de Dios no es un mero matiz teológico, sino una verdad que determina cómo debemos reaccionar espiritualmente ante cada circunstancia. Por eso no deberíamos considerar que, por tener fe, nada debería pasarnos, y mucho menos que todo nos está saliendo mal. Tal vez lo que nos ocurre simplemente es necesario.

Las tormentas del enemigo se pueden producir primeramente por pecado o por dejar puertas abiertas en nuestras vidas. Estas son fáciles de contrarrestar porque, al padecer una tormenta, lo primero que debemos preguntarnos es si estamos haciendo algo malo, si le estamos dando algún

derecho a las tinieblas para operar en nuestras vidas. En tal caso, debemos arrepentirnos y cambiar nuestra conducta inmediatamente; así, el enemigo no tendrá por dónde ni cómo acceder a nuestra vida.

Jesús nunca pecó; por eso dijo: ***“Ya no hablaré mucho con ustedes, porque viene el que manda en este mundo. Aunque no tiene ningún poder sobre mí...”*** (Juan 14:30 DHH). Esto es claramente lógico, porque la condición pecaminosa de los seres humanos otorga gobierno al maligno, pero la condición santa del Señor hizo que no encontrara ningún derecho legal contra Él.

Recordemos que la Iglesia es un diseño divino establecido en la persona de Cristo y, por supuesto, en Su santidad. Por eso, el mundo entero sigue ante el maligno, menos la Iglesia. Esto es así siempre y cuando funcionemos en la revelación de la gracia y en una vida de obediencia. Sin embargo, cualquier hijo de Dios que persista en el pecado puede ser víctima de tormentas diabólicas.

Ahora bien, cuando vivimos en la perfecta voluntad de Dios, también suelen levantarse algunas tormentas diabólicas, pero no por causa del pecado, sino justamente por haber determinado caminar en fidelidad al llamado de nuestro Padre. Estas tormentas no son consecuencia de la desobediencia, sino más bien una reacción de las tinieblas contra la obediencia.

Jesús y sus discípulos lo experimentaron en el mar de Galilea, cuando una tormenta inesperada amenazó con hundir la barca (**Marcos 4:35 al 40**). Jesús estaba haciendo la voluntad del Padre, y sus discípulos habían obedecido la voz del Maestro al cruzar al otro lado. En medio de esa obediencia, los vientos se desataron con furia.

Esta no fue una tormenta de corrección, sino una tormenta de oposición. Lo notable es que Jesús, con una sola palabra de autoridad, reprendió al viento y calmó el mar. Esto nos enseña que, cuando la tormenta es de las tinieblas, tenemos la autoridad en Cristo para reprenderla y vencerla en el nombre del Señor. Estas tormentas pueden probar nuestra fe, pero no pueden impedir que cumplamos nuestro propósito.

Pero incluso en aquellas tormentas que no podemos detener con una palabra de fe, encontramos en Dios nuestro refugio y amparo. El profeta Isaías lo expresó de manera poética y consoladora: *“Y creará Jehová sobre toda morada del monte de Sion... nube y oscuridad de día, y resplandor de fuego llameante de noche; porque sobre toda gloria habrá un dosel. Y habrá un abrigo para sombra contra el calor de día, para refugio y escondedero contra el turbión y contra la lluvia”* (Isaías 4:5 y 6).

Dios no siempre evita que la tormenta se desate, pero sí promete ser sombra y refugio en medio de ella. Como bien lo afirma el salmista: *“Jehová estableció en los cielos Su trono, y Su Reino domina sobre todos”* (Salmo 103:19). En

última instancia, aun las tormentas levantadas por las tinieblas están bajo el control soberano del Dios eterno.

En este misterio profundo de la vida cristiana aprendemos que las tormentas se convierten en aulas de crecimiento espiritual. No son simplemente interrupciones del camino, sino oportunidades para ver a Dios obrar, ejercitar la fe y aprender a descansar en Su soberanía. David pudo decir con convicción: *“Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza”* (Salmo 3:3). Cada golpe del viento, cada ola que amenaza, nos obliga a decidir entre dos caminos: el del miedo o el de la confianza.

Los discípulos lo vivieron en carne propia cuando Pedro, animado por la fe, caminó sobre las aguas en dirección a Jesús (Mateo 14:28 al 31). Mientras mantuvo la mirada en el Maestro, los vientos no pudieron hundirlo; pero al quitar la vista de Cristo, el temor lo arrastró hacia abajo. Allí, en esa escena, encontramos la lección esencial: no es la violencia de la tormenta lo que determina nuestra caída o nuestra victoria, sino la dirección de nuestra mirada. El miedo paraliza, pero la fe en Cristo sostiene.

La historia de Pablo en Hechos 27 es otro ejemplo luminoso. El apóstol, en obediencia al llamado de Dios, enfrentó una tormenta devastadora en alta mar: *“Y siendo la nave arrebatada, y no pudiendo poner proa al viento, nos abandonamos a él y nos dejamos llevar a la deriva”* (Hechos 27:15). No era una tormenta de disciplina por

desobediencia, sino parte del camino marcado por el propósito divino. En medio de aquella angustia, Dios le dio palabra de esperanza, asegurándole que la vida de los tripulantes sería preservada. Esa tormenta, lejos de destruirlo, se convirtió en plataforma para la manifestación del poder de Dios, y para testimonio delante de todos los que estaban en la nave.

De manera que, al reflexionar sobre estas realidades, entendemos que no todas las tormentas son iguales. Algunas pueden ser resultado del pecado y las malas decisiones; en tal caso, lo que debemos hacer no es reprenderlas ni pretender que Dios nos fortalezca en ellas, sino arrepentirnos, corregir nuestra conducta y avanzar en plena comunión con Dios. Seguramente esa tormenta cesará.

Otras pueden y deben ser reprendidas en el nombre de Jesús, porque son ataques directos del enemigo, no por caminar en pecado, sino por estar haciendo la voluntad de Dios. Sin embargo, cuando no vemos claramente al enemigo, no podemos reprender, porque la vida espiritual no se trata de soltar palabras al viento, sino de obrar con discernimiento espiritual.

Luego, existen tormentas que simplemente debemos atravesar con la paz que sobrepasa todo entendimiento, confiando en que Dios se glorificará en medio de ellas. Ahora bien, debo decir que también existen tormentas de un carácter distinto, más severas y más dolorosas: las tormentas que Dios

mismo permite o provoca para corregir, quebrantar y redirigir el corazón.

Las tormentas que provienen de Dios son, sin duda, las más difíciles de aceptar y comprender. Nuestro corazón humano tiende a asociar la tormenta únicamente con el enemigo, y pensamos que todo lo adverso debe ser reprendido en el nombre de Jesús. Sin embargo, la Escritura nos muestra una verdad ineludible: hay tormentas que Dios mismo levanta, no para nuestra destrucción, sino para nuestra corrección. Estas tormentas no responden al patrón de la oposición, sino al de la disciplina amorosa del Padre celestial.

En algunas ocasiones he preguntado a los hermanos: ¿Si tienen que enfrentar una tormenta, cuál prefieren, la de Dios o la del diablo? Casi por instinto lógico, todos dicen “las tormentas de Dios”, pero eso es un error, porque las del enemigo pueden ser causadas por nuestra obediencia y pueden ser reprendidas o atravesadas con éxito.

Sin embargo, las tormentas de Dios nunca son producidas por caminar en obediencia. Si Él nos levanta una tormenta es porque desea corregirnos o redirigirnos, y lo peculiar de estas tormentas es que no pueden ser reprendidas, ni Dios nos fortalecerá para superarlas, porque vienen de Él. Lógicamente, son tormentas controladas, pero pueden provocar gran temor.

El ejemplo más claro lo encontramos en Jonás. El profeta recibió un mandato directo del Señor: ir a Nínive y

proclamar el juicio venidero. Sin embargo, en lugar de obedecer, tomó un rumbo contrario, intentando huir de la presencia del Altísimo. Su desobediencia no quedó sin respuesta:

“Pero Jehová hizo levantar un gran viento en el mar, y hubo en el mar una tempestad tan grande, que se pensó que se partiría la nave...”

Jonás 1:4

Aquella tormenta no fue enviada por Satanás, sino provocada directamente por Dios para confrontar el corazón rebelde de su siervo. Ninguna reprensión hubiera detenido ese temporal, porque no era de origen diabólico, sino divino. La única salida era el arrepentimiento y la rendición ante la voluntad de Dios.

Esto nos enseña que hay tormentas que se levantan cuando decidimos caminar fuera del propósito del Señor. Son tormentas de quebranto, diseñadas para despertarnos de la indiferencia y conducirnos de nuevo al camino de la obediencia. Pueden doler, pueden hacernos sentir como si todo se derrumbara a nuestro alrededor, pero no son expresiones de ira destructiva, sino de amor correctivo. Como dice **Hebreos 12:6**: ***“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”***. En este sentido, las tormentas de Dios son instrumentos de su paternidad, que buscan formarnos a la imagen de Cristo.

El patriarca Job también experimentó un tipo de tormenta que, aunque permitida por Dios bajo la acción de Satanás, fue finalmente atribuida al Señor en su soberanía: ***“Porque Él me quebranta con tempestad, y sin causa multiplica mis heridas” (Job 9:17)***. Job no entendía las razones, pero reconocía que incluso el dolor más profundo no escapaba del control divino.

La historia de Job nos muestra que, aunque no siempre recibamos explicaciones inmediatas, las tormentas correctivas de Dios apuntan a un propósito mayor: purificar nuestra fe, derribar nuestra autosuficiencia y llevarnos a una confianza absoluta en la soberanía del Creador. Todos sabemos que Job era un varón justo, pero Dios tenía que llevarlo de la justicia humana a la justificación divina y era necesario que tratara con su corazón.

Al final de la tormenta, vemos que Job cambió su manera de pensar. Comprendió que Dios era Soberano y que cuestionar problemas por causa de su justicia, no había sido una posición sabia. Nosotros podemos hacer todo bien, o de la mejor manera posible, aun así algunos problemas habrá. Solo debemos confiar en la gracia de Dios y en Su soberanía.

Es importante notar que estas tormentas no ceden ante nuestras palabras de autoridad ni ante simples declaraciones de fe. No se detienen con ayunos de reprensión ni con gritos de guerra espiritual. El remedio no está en resistirlas, sino en rendirse; no está en imponer nuestra voluntad, sino en arrepentirnos y buscar el rostro del Señor.

Mientras la tormenta del diablo se enfrenta, la tormenta de Dios se abraza con humildad. Es el reconocimiento de que, más allá del dolor, lo que el Padre está haciendo es quebrar el orgullo, arrancar la desobediencia y redirigirnos hacia Su perfecto plan. En ambos casos, la fe es clave, pero el planteo no debería ser la pregunta que he utilizado en este libro, sino pedir a Dios revelación de los motivos y de cómo resolver las situaciones. La gente se victimiza rápidamente, pero nosotros no debemos obrar así.

La tormenta de Jonás terminó cuando el profeta fue arrojado al mar y, en el vientre del pez, levantó una oración de quebranto y rendición. Allí clamó: ***“Mas yo con voz de alabanza te ofreceré sacrificios; pagaré lo que prometí. La salvación es de Jehová”*** (Jonás 2:9). Solo entonces la tormenta cesó y Jonás fue restituido al camino de su misión. La clave no está en luchar contra el viento, sino en rendirnos a la voluntad de Dios. Así es la vida del Reino.

En este punto debemos detenernos y reflexionar: ¿qué tormenta estamos enfrentando hoy? ¿Una tormenta del enemigo, que busca desanimarnos en medio de la obediencia, o una tormenta de Dios, que intenta corregirnos por habernos desviado de su propósito? Discernir el origen de la tormenta es esencial, porque la respuesta espiritual será diferente: una tormenta del diablo se reprende en fe; una tormenta de Dios se enfrenta con humildad y arrepentimiento.

Lamentablemente, muchos creyentes se desgastan luchando contra tempestades divinas como si fueran ataques

del enemigo, y así prolongan innecesariamente el proceso. Reprenden, ayunan y declaran, pero la tormenta no se disipa. Entonces la frustración crece, el corazón se endurece y la fe parece desvanecerse. Sin embargo, la tormenta sigue su curso hasta que el alma doble la rodilla y se rinda al Señor. Cuando la tormenta es del Padre, lo único que la detiene es un arrepentimiento genuino, no una reprensión equivocada.

La historia nos enseña que muchas veces Dios levanta tormentas no solo sobre individuos, sino también sobre pueblos enteros. El profeta Jeremías anunció: ***“Así dice el Señor de los ejércitos: He aquí, el mal va de nación en nación, y una gran tempestad se levanta de los confines de la tierra”*** (Jeremías 25:32).

Hay tormentas que se ciernen sobre sociedades que han decidido vivir de espaldas a Dios, tormentas que sacuden los sistemas humanos y exponen la fragilidad de los poderes terrenales. En tales momentos, los creyentes debemos discernir el mover divino, no para desesperarnos, sino para volvernos al Señor con corazones quebrantados, entendiendo que aun en medio del caos mundial, el propósito eterno de Dios sigue firme.

Cada tormenta correctiva lleva en sí un mensaje que no podemos ignorar. Es una llamada a revisar nuestra vida, nuestras decisiones, nuestra fidelidad al Señor. El dolor que produce no es un fin en sí mismo, sino un medio para llevarnos a un estado de mayor dependencia. Las tormentas de Dios son, en última instancia, caminos de gracia

disfrazados de quebranto. Duelen, sí, pero sacuden y redimen. Derriban, sí, pero edifican de nuevo sobre fundamentos sólidos.

El gran desafío del creyente no es evitar las tormentas, porque tarde o temprano vendrán, sino aprender a discernir su origen y responder de manera correcta. Los creyentes maduros debemos entender que las tormentas son maestras en el camino de la fe. No son accidentes ni coincidencias, tampoco simples golpes del azar.

Cada tempestad, ya sea levantada por el enemigo o permitida por Dios, contiene un propósito que se entrelaza con nuestro destino eterno. Aun aquellas que parecen injustas, aquellas que golpean sin previo aviso y nos arrebatan lo máspreciado, terminan siendo instrumentos que nos empujan a una relación más profunda con el Señor.

Cuando los discípulos se hallaron aterrados en medio del mar, Jesús les dijo: “***¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?***” (Marcos 4:40). La tormenta expuso la fragilidad de sus corazones, pero también les permitió conocer de primera mano la autoridad del Maestro sobre los vientos y el mar. Sin esa tormenta, no hubieran visto la gloria de Aquel que tiene dominio sobre toda la creación. Las tormentas son, en este sentido, un espejo del corazón: revelan en quién hemos puesto realmente nuestra confianza.

En la vida cristiana, ninguna tormenta es inútil. Las que provienen del diablo fortalecen nuestra fe, porque al

resistirlas descubrimos la autoridad que tenemos en Cristo. Las que provienen de Dios purifican nuestro carácter, porque al rendirnos descubrimos la profundidad de Su gracia. Unas nos entrenan para la batalla, otras nos disciplinan para la santidad. Ambas nos empujan, finalmente, a los brazos del Padre.

Incluso aquellas tormentas que procuran azotar al sistema que nos contiene. Apocalipsis nos muestra un escenario donde las naciones temblarán bajo el juicio de Dios. Vivimos en un tiempo donde las tormentas globales, guerras, crisis económicas, catástrofes naturales, convulsiones sociales, nos recuerdan que este mundo no acabará en manos del enemigo y que la historia humana se encamina hacia su consumación bajo el señorío de Cristo. Analizo esto en mi libro titulado: “Tiempo de tormentas”, el cual habla de geopolítica y que, por supuesto, les recomiendo leer.

En medio de estas tormentas colectivas, el pueblo de Dios tiene una misión clara: ser luz y refugio para los desesperados. No estamos llamados a vivir con temor, sino con discernimiento. No estamos llamados a escondernos, sino a proclamar esperanza. En un mundo que tiembla bajo el poder de los vientos, la Iglesia debe levantar la voz para recordar que hay un Dios soberano que sigue sentado en el trono, y que Cristo es el ancla firme en medio de cualquier tempestad.

Cada tormenta, por más violenta que sea, nos coloca frente a una elección: hundirnos en el miedo o confiar en el Dios que calma los mares. Lo que determina el desenlace no es la intensidad del viento, sino la postura del corazón. El diablo puede levantar tormentas de oposición, pero nunca tendrá la última palabra. Dios puede levantar tormentas de corrección, pero siempre con un propósito de restauración y vida. Y aunque las naciones enteras sean sacudidas, la esperanza de los hijos de Dios permanece inquebrantable, porque hemos sido edificados sobre la Roca eterna.

Las tormentas no son el fin del camino; son estaciones en la travesía hacia la eternidad. El creyente que aprende a discernirlas y afrontarlas con fe saldrá más fuerte, más maduro y más confiado en la fidelidad del Señor. Al final de todas las tormentas, siempre brilla la promesa de Cristo: *“Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mateo 28:20).

Que esta certeza sea el ancla para nuestra alma (Hebreos 6:19). Las tormentas no significan que todo nos salga mal. Lo que debemos hacer es no victimizarnos, no echar culpas, no sacar conclusiones rápidamente. Debemos meditar en oración y permitir que el Espíritu Santo nos muestre el origen de la tormenta. Si es del enemigo, Él nos dará autoridad para vencerla. Si es de Él, nos dará gracia para atravesarla. Y si es global, Él será nuestro refugio hasta que pase la indignación.

Los hijos de Dios debemos vivir con esta convicción: podemos atravesar cualquier tempestad, sabiendo que al otro lado de la tormenta siempre habrá un cielo nuevo, donde la gloria de Dios resplandezca con mayor fuerza que antes. Recuerden siempre: si es el enemigo, Jesucristo lo venció y nosotros caminamos en Su autoridad. Si es del Padre, contamos con Su misericordia para aprender, corregir el rumbo y avanzar hacia la victoria.

“Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti.”

Isaías 43:2

“Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían.”

Nahúm 1:7

“Cambia la tempestad en sosiego, y se apaciguan sus ondas.”

Salmo 107:29



Capítulo cuatro

LA REALIDAD DEL ANTIGUO TESTAMENTO

“Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros.”

Hebreos 11:39 y 40

Cuando hablamos de la fe, muchas veces la imaginamos como un pasaporte hacia una vida sin problemas, como si creer en Dios garantizara un camino llano, sin tropiezos ni contradicciones. Sin embargo, basta con mirar la realidad del Antiguo Testamento para descubrir que los hombres y mujeres que caminaron con Dios, no fueron exentos del dolor, la contradicción y los procesos inexplicables.

Es más: en muchos casos, las adversidades llegaron precisamente porque habían decidido confiar en Dios. La fe no fue para ellos un escudo contra la dificultad, sino la causa misma de la dificultad. Lógicamente, siempre hago la

aclaración de que los pactos vividos por estas personas nada tienen que ver con el Nuevo Pacto que vivimos nosotros en Cristo. Sin embargo, también experimentaron las realidades de la fe en el Dios eterno y por eso nos sirven sus ejemplos.

Pensemos en Abraham, el padre de la fe. Él vivía tranquilo en Ur de los caldeos, rodeado de prosperidad y de una vida estable. Su llamado no nació de una necesidad desesperada ni de una crisis insostenible. Humanamente, no tenía motivos para abandonar su tierra ni la casa de su padre. Sin embargo, cuando Dios lo llamó, Abraham recibió una promesa extraordinaria: sería padre de una gran nación, sería bendición para todas las familias de la tierra, y su descendencia también heredaría territorio.

Todo esto parecía glorioso, y sin duda lo era. Pero la realidad que acompañó a esas promesas no fue fácil. Abraham tuvo que salir de lo conocido hacia lo incierto; tuvo que aprender a vivir en tiendas, como extranjero en la tierra prometida; tuvo que enfrentar el dolor de esperar durante años el cumplimiento de la promesa de un hijo; tuvo que soportar pruebas que lo despojaron de su lógica y lo obligaron a vivir solo de la palabra de Dios.

El autor de Hebreos lo resumió diciendo: ***“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra”*** (Hebreos 11:13). Abraham llegó a descubrir que parte de lo que Dios le prometió no se cumpliría en su tiempo,

sino que correría a lo largo de generaciones, incluso hasta miles de años después, con la venida de Cristo.

La fe lo impulsó a creer más allá de su horizonte, a caminar con paciencia, aunque humanamente pareciera que todo se retrasaba o se complicaba. La pregunta que quizás resonaba en su corazón era: “Si tengo fe, ¿por qué no veo ya todo lo que Dios me prometió?” Y, sin embargo, esa espera fue el proceso que lo transformó en el amigo de Dios y en el gran ejemplo de fe.

Jacob, su nieto, también experimentó esta paradoja. Él anhelaba la bendición prometida a su abuelo, y desde su juventud buscó alcanzarla. Pero su manera de procurar la bendición no fue la correcta: manipuló, engañó y usó sus fuerzas humanas para lograr lo que solo podía venir de la gracia de Dios. El resultado fue una vida marcada por conflictos familiares, huidas y el dolor de vivir separado de lo que amaba.

Aunque en Betel tuvo un encuentro glorioso con el Señor, más allá de aquel altar lo esperaba una vida llena de luchas: engaños de parte de Labán, la tensión con su hermano Esaú y la pérdida de seres queridos en el camino. Jacob tuvo fe, pero sus intentos por forzar los resultados lo llevaron a experimentar un largo proceso de quebrantamiento. Solo después de pelear con Dios en Peniel, aprendió que la bendición no se obtiene con astucia, sino con rendición. Su fe no lo libró del dolor, pero lo condujo a descubrir al Dios que transforma.

José, el hijo de Jacob, es otro ejemplo luminoso de esta aparente contradicción. Desde joven recibió visiones proféticas grandiosas: vio gavillas inclinándose ante él, vio el sol, la luna y las estrellas rindiéndose en señal de su futuro gobierno. Su lógica expectativa, era que algo glorioso sucedería en poco tiempo. Sin embargo, la realidad fue exactamente la opuesta: sus hermanos lo aborrecieron, lo vendieron como esclavo, fue llevado a una tierra extranjera, injustamente acusado y encarcelado.

Todo parecía marchar en dirección contraria a lo que había soñado. Tal vez, en las noches de la cárcel, se preguntaba: “¿Dónde están los sueños que Dios me dio? ¿Si tengo fe, por qué me está saliendo todo tan mal?” Pero los procesos de dolor eran parte del camino necesario para formar el carácter que un día gobernaría con sabiduría y misericordia. José aprendió que la fe no significaba evitar la cisterna ni la prisión, sino creer que, aún en la cisterna y en la prisión, Dios estaba cumpliendo Su propósito.

Y si miramos no solo a individuos, sino a todo un pueblo, el ejemplo de Israel en el éxodo es contundente. Dios había prometido una tierra que fluía leche y miel, un lugar de reposo después de la esclavitud en Egipto. Y cuando salieron con mano poderosa, después de ver las maravillas del Señor en las plagas y en el mar Rojo, parecía lógico pensar que, en pocos días, entrarían a la plenitud de la promesa.

Sin embargo, en lugar de leche y miel, lo que encontraron fue un desierto lleno de hambre, sed, serpientes

y pruebas. Moisés les recordó: ***“Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná...”*** (Deuteronomio 8:2 y 3). La fe no les evitó el desierto; la fe era necesaria para atravesarlo. Allí aprendieron que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Los patriarcas, los profetas, los jueces y los reyes fueron hombres de fe, pero también fueron hombres de lágrimas, de luchas y de procesos largos e inexplicables. En sus vidas descubrimos que la fe verdadera no se mide por cuán rápido llegan los resultados, sino por cuán firmes permanecemos cuando los resultados parecen tardar.

Sansón es otro personaje que refleja otra dimensión de esta paradoja: la unción no significa ausencia de procesos dolorosos. Desde su nacimiento fue apartado por la gracia de Dios, nazareo consagrado para un propósito especial. El Espíritu del Señor venía sobre él con poder, y su fuerza sobrenatural lo distinguía como juez en Israel.

Sin embargo, su problema no era la falta de fe, sino su inmadurez. Creyó que la presencia de Dios en su vida estaba para complacer sus deseos personales y caprichos, como si la unción fuera un juguete en sus manos. En lugar de caminar en obediencia, se dejó arrastrar por pasiones desordenadas, alianzas indebidas y una vida de constantes caprichos.

El resultado fue trágico: su fuerza terminó debilitada, sus ojos fueron arrancados y su vida se convirtió en espectáculo para los filisteos. Sansón aprendió demasiado tarde que la fe no es una excusa para vivir según los propios deseos, sino un llamado a rendirse a la voluntad de Dios. Sin embargo, aun en su final, cuando clamó desde la humillación del cautiverio, Dios escuchó su oración y le concedió la victoria.

La fe no lo libró de las consecuencias de su inmadurez, pero sí le abrió la puerta a la misericordia en su último aliento. Su vida nos recuerda que tener fe no significa que “todo nos saldrá bien”, sino que, aun cuando nuestros errores nos alcancen, todavía podemos hallar a un Dios dispuesto a responder al clamor de un corazón quebrantado.

Algo parecido, aunque en otra dimensión, ocurrió con el rey Saúl. Él fue elegido por gracia, ungido con aceite santo y tuvo la oportunidad de gobernar como el primer monarca de Israel. Todo en su historia inicial parecía indicar un futuro glorioso: un hombre alto, valiente y respaldado por la palabra profética de Samuel.

Sin embargo, pronto se reveló su verdadero corazón. Saúl pensó más en sí mismo que en el propósito de Dios; buscó agradar a los hombres antes que obedecer al Señor; y utilizó su posición como plataforma para imponer su voluntad en lugar de servir al bien de la nación. Dios tuvo que recordarle, a través de Samuel, aquella frase que atraviesa la historia:

“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.”

1 Samuel 15:22

La fe de Saúl no lo preservó de la ruina, porque no entendió que la obediencia es el fruto genuino de la fe. Aquí se nos revela un principio importante: la fe no es simplemente recibir promesas y esperar milagros; es caminar en obediencia a la voz de Dios, incluso cuando esa obediencia contradice nuestros intereses.

Saúl tuvo la fe suficiente para creer en su llamado, pero no la suficiente para someterse al carácter de Dios. El resultado fue un reinado marcado por la inseguridad, la envidia y la autodestrucción. Su vida es una advertencia: tener fe no siempre evita que vengan los problemas, especialmente cuando usamos la gracia como excusa para vivir en desobediencia.

David, en cambio, representa un contraste hermoso y doloroso a la vez. Desde joven fue ungido para un propósito extraordinario: ser rey de Israel. Pero, en lugar de ascender directamente al trono, lo esperaba un proceso lleno de adversidades. En vez de una corona, recibió la persecución de Saúl; en lugar de palacios, tuvo que habitar en cuevas; en lugar de honores, sufrió el desprecio, la traición y el exilio.

Sin embargo, lo admirable de David no fue la ausencia de dolor, sino su actitud en medio de él. Aun en las cuevas, levantaba cantos al Señor; aun perseguido, se negaba a

levantar la mano contra el ungido de Dios; aun quebrantado por su propio pecado, se postraba en arrepentimiento y reconocía la justicia divina.

Lo que David nos enseña es que la fe no libra de los procesos, pero transforma los procesos en oportunidades para conocer más a Dios. Sus salmos brotan de lágrimas, de noches de angustia y de persecuciones implacables, pero en medio de todo resplandece una confianza inquebrantable:

“Jehová es mi pastor; nada me faltará.”

Salmo 23:1

Su vida demuestra que el dolor no es evidencia de la ausencia de Dios, sino del taller donde Dios forma corazones conforme al suyo.

Jeremías es quizá uno de los ejemplos más conmovedores. Llamado desde su juventud para ser profeta a las naciones, Dios le aseguró que estaría con él, que pondría Sus palabras en su boca, y que lo haría muro de bronce frente a reyes y pueblos. Con semejante respaldo divino, cualquiera esperarí una vida de respeto, admiración y honra.

Pero la realidad fue exactamente la opuesta: Jeremías fue ridiculizado, encarcelado, rechazado por su propio pueblo y perseguido por anunciar la verdad de Dios. Sus lamentos reflejan el costo de ser fiel:

“Me sedujiste, oh Jehová, y fui seducido; más fuerte fuiste que yo, y me venciste. Cada día he sido escarnecido; cada cual se burla de mí.”

Jeremías 20:7

La fe de Jeremías lo sostuvo, pero no lo libró de las lágrimas. En uno de sus momentos más intensos llegó a confesar que no quería hablar más en nombre de Dios, pero dentro de él ardía un fuego que no podía contener (**Jeremías 20:9**). Ese fuego es la esencia de la fe: una llama que persiste incluso cuando la vida parece derrumbarse. Jeremías nos enseña que ser fiel al llamado de Dios no significa tener una vida fácil, sino sostenerse en la Palabra aun cuando todo a nuestro alrededor se desmorona.

En estos ejemplos descubrimos diferentes facetas de la misma realidad: la fe no garantiza una vida sin conflictos, pero sí asegura que, en medio de los conflictos, Dios se revelará. El Antiguo Testamento no es un registro de vidas perfectas ni de caminos fáciles; es el testimonio de que caminar con Dios implica ser probado, moldeado y purificado.

La pregunta “Si tengo fe, ¿por qué los problemas?” ya resonaba en los corazones de estas personas tan especiales para nosotros, pero la respuesta siempre ha sido la misma: porque Dios utiliza el dolor, los procesos y las contradicciones para cumplir su propósito eterno en nosotros. Por lo tanto, todos los que son procesados por Su mano llegan a comprender lo que nadie más entiende.

Ezequiel también es un ejemplo que revela la compleja realidad de la fe en medio de los procesos dolorosos. Llamado como profeta en tiempos de cautiverio, Dios le encomendó una misión difícil: hablar a un pueblo obstinado, endurecido y rebelde. Su tarea no fue anunciar mensajes de esperanza inmediata, sino confrontar pecados, advertir juicios y mostrar la gloria de Dios en medio de un escenario desolador. No fue sencillo para Ezequiel asumir este rol. Sus visiones fueron profundas y, a menudo, incomprendidas; su mensaje fue rechazado y, como si esto fuera poco, tuvo que convertirse él mismo en una ilustración viviente de lo que predicaba.

En un momento crucial, Dios le pidió no llorar públicamente la muerte de su esposa, quien era el *“deleite de sus ojos”* (Ezequiel 24:16). Ese dolor personal se transformó en un símbolo profético para el pueblo de Israel. ¿Cómo comprender algo así? ¿Cómo aceptar que la fe en el Dios vivo implicaba atravesar semejante quebranto?

Humanamente, todo parecía injusto. Pero Ezequiel aprendió que la vida del siervo de Dios no siempre está diseñada para la comodidad personal, sino para reflejar un mensaje superior: que Dios está por encima de todas las cosas, aun del dolor más profundo.

El profeta cargó con el peso de un pueblo que no quería escuchar, que lo rechazaba y lo trataba con dureza. No obstante, en todo ese proceso, Dios le reiteraba una y otra vez: *“Y sabrán que yo soy Jehová”*. Esa frase, repetida

decenas de veces en su libro, es la clave para comprender su misión: más allá de las pérdidas, más allá del sufrimiento, más allá del rechazo, la fe de Ezequiel debía sostenerse en la revelación de que Dios sigue siendo Dios, aunque nada alrededor lo confirme.

La vida de Ezequiel nos confronta con una verdad que atraviesa todo el Antiguo Testamento: la fe no nos libra del dolor, pero sí nos revela un propósito que lo trasciende. Muchos de los procesos que vivieron estos hombres de Dios no fueron para beneficio inmediato de ellos mismos, sino para el testimonio eterno del pueblo de Dios en todas las generaciones.

Abraham creyó en promesas que se cumplirían siglos después; Jacob fue quebrantado para enseñar que la bendición viene por gracia y no por manipulación; José sufrió traiciones y cárceles para preservar la vida de multitudes; Israel cruzó un desierto para aprender que no solo de pan vive el hombre; Sansón mostró que la unción no reemplaza la obediencia; Saúl se convirtió en advertencia de que la fe sin obediencia termina en ruina; David reveló que el dolor puede transformarse en alabanza; Jeremías enseñó que la fidelidad cuesta lágrimas, pero arde como fuego; y Ezequiel testificó que incluso en la pérdida más desgarradora, Dios sigue siendo el centro de todo.

El Antiguo Testamento, lejos de mostrarnos una fe mágica que elimina los problemas, nos revela una fe real que se mantiene firme en medio de ellos. Por eso, cuando como

creyentes modernos nos preguntamos: “Si tengo fe, ¿por qué los problemas?”, la respuesta no es que nuestra fe sea débil o que Dios haya fallado. La respuesta está en entender que los procesos dolorosos forman parte del camino de los que creen.

La fe no es un pasaporte hacia la comodidad, sino una llave hacia el propósito eterno. La fe no se mide por la ausencia de lágrimas, sino por la perseverancia en medio de ellas. La fe no es la garantía de que todo saldrá como nosotros esperamos, sino la certeza de que Dios cumplirá lo que ha prometido, aunque lo haga en tiempos y maneras que nos resulten incomprensibles.

Si Abraham hubiese esperado solo resultados inmediatos, se habría frustrado. Si Jacob hubiese vivido solo de sus fuerzas, se habría rendido. Si José hubiese interpretado su cárcel como fracaso, nunca habría llegado al trono. Si Israel hubiese interpretado el desierto como abandono, no habría llegado a Canaán. Si David hubiese confundido la persecución con derrota, jamás habría escrito sus salmos. Si Jeremías hubiese callado su mensaje, habría apagado el fuego del Espíritu. Y si Ezequiel hubiese abandonado su misión, el pueblo no habría oído el eco eterno: ***“Sabrán que yo soy Jehová”***.

Entonces, amados hermanos, no debemos sorprendernos si nuestra fe nos conduce a procesos que parecen contradecir lo que esperamos. No debemos desalentarnos si nuestras oraciones no producen respuestas inmediatas o si nuestros sueños parecen enterrarse en

cárceles y desiertos. La fe no es un amuleto contra el sufrimiento; es la certeza de que, en el sufrimiento, Dios sigue siendo fiel.

Hoy el Señor nos invita a ver el Antiguo Testamento no como un conjunto de historias lejanas, sino como espejos de nuestra propia vida. En cada dolor, en cada proceso, en cada aparente fracaso, resuena el mismo mensaje: Dios sigue siendo Dios y su propósito es más grande que nuestro presente dolor.

Por eso, la exhortación final es clara: no debemos renunciar a la fe porque “todo parece salir mal”. Más bien, debemos entender que la fe se prueba en el fuego, se afirma en la espera y se fortalece en la adversidad. Como Abraham, sigamos caminando aunque no veamos nada; como Jacob, rindamos nuestra fuerza y abracemos la gracia divina; como José, confiemos aunque nos traicionen o nos olviden; como Israel, aprendamos que del cielo viene la provisión, pero el destino es la abundancia; como David, adoremos en las cuevas de la vida; como Jeremías, proclamemos el evangelio aunque nos duela la realidad; y como Ezequiel, permanezcamos firmes aunque perdamos lo más amado.

La realidad del Antiguo Testamento nos grita con claridad: la fe no significa que todo saldrá como queremos, sino que todo cumplirá el propósito de Dios. Y al final, cuando miremos hacia atrás, entenderemos que en cada proceso, en cada lágrima y en cada espera, Dios estaba

formándonos para algo mucho más grande que nosotros mismos.

“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.”

Romanos 8:18



Capítulo cinco

LA VERDAD EN LOS EVANGELIOS

“Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.”

Juan 1:16 al 18

La fe cristiana no se fundamenta en sueños ilusorios ni en promesas de bienestar inmediato, sino en la obra consumada de Jesucristo en la cruz. Muchos leen los evangelios y creen que allí comenzó el Nuevo Pacto, pero en realidad lo que vemos en la vida terrenal de Jesús es la transición: la gracia y la verdad encarnadas caminando entre nosotros, aun en medio de la sombra del Antiguo Pacto.

El Nuevo Pacto no se inauguró en Belén ni en los milagros de Galilea, sino en el Calvario, cuando el Hijo de Dios entregó su vida y declaró con voz firme: **“Consumado es”**. Allí, y solo allí, la eternidad se abrió paso en la historia

y la salvación dejó de ser una promesa para convertirse en una realidad.

El Hijo eterno de Dios vino a la tierra como el Verbo encarnado, lleno de gracia y de verdad, pero hasta que no derramó Su sangre y resucitó, la realidad del Nuevo Pacto no quedó establecida. En otras palabras, los evangelios narran en gran parte la vida de Jesús en un contexto que aún estaba bajo la vigencia del Antiguo Pacto, aunque ya apuntando hacia el cumplimiento de lo que vendría.

Esto explica por qué, aunque la gracia caminaba en medio de los hombres, todavía no se había abierto el camino nuevo y vivo al Padre (**Hebreos 10:19 y 20**). Jesús, como Cordero, estaba destinado al sacrificio; Su vida terrenal estaba marcada por el cumplimiento de esa misión, y por eso desde Su nacimiento enfrentó oposición y rechazo.

Herodes, al escuchar de los magos de Oriente que habían venido a adorar al Rey de los judíos que había nacido, sintió amenazado su poder y procuró matarlo (**Mateo 2:13**). Así, el Salvador comenzó Su vida siendo perseguido por la espada del hombre, como si ya desde la cuna la sombra de la cruz lo envolviera y las aflicciones fueran parte de Su propósito.

No fue diferente durante Su ministerio. Su primera aparición pública, ligada a la manifestación de Su identidad, fue en el bautismo en el Jordán, pero ni bien dio ese paso de obediencia, el mismo Espíritu Santo lo llevó al desierto para

ayunar y ser tentado por Satanás. Él no comenzó abriendo un auditorio para dar conferencias, sino en el desierto y nada menos que ante Satanás.

Cuando fue a la sinagoga y abrió el libro de Isaías para leer, todos se maravillaron de su elocuencia, pero cuando dio a entender que la Escritura se estaba cumpliendo en Él, todos comprendieron que estaba diciendo ser el Mesías. Por eso lo agarraron entre varios hombres y lo llevaron a una montaña para matarlo (**Lucas 4:28 y 29**). Sin dudas, en Su misión terrenal, todo se desarrolló en hostilidad, y no fue por estar haciendo algo mal, sino justamente por estar haciendo lo correcto.

Hoy en día, cuando algunos hermanos se bautizan y se determinan a seguir a Jesús, comienzan a sufrir hostilidades y muchas veces no comprenden los motivos. Algunos entran en dudas, en temor, o se hacen cuestionamientos, pero estas luchas no son el resultado de un descuido divino ni de errores personales; por el contrario, la determinación de vivir el Reino genera inevitablemente ciertas hostilidades.

Mientras Jesús estuvo en la carpintería, no lo atacaron ni las polillas, pero cuando se dio a conocer como el Ungido, los ataques comenzaron. No debería extrañarnos que, mientras fuimos esclavos de las tinieblas, no entramos en conflicto espiritual, pero cuando confesamos públicamente ser ungidos de Dios, los problemas comenzaron. Esto es muy común; por lo tanto, si no lo detectamos rápidamente, podemos llegar a frustrarnos o caer en incredulidad.

Los religiosos acecharon a Jesús constantemente, buscando cómo atraparlo en alguna palabra, cuestionando sus milagros y acusándolo de blasfemo (**Juan 10:33**). La hostilidad hacia Él era constante. El pueblo esperaba un Mesías triunfalista que los librara de Roma, pero no concebían un Mesías sufriente; por eso muchos lo rechazaron.

Incluso en Su propia casa halló incompreensión: sus hermanos pensaban que estaba fuera de sí, o, como dicen algunas versiones, creían que estaba loco (**Marcos 3:21**). Esto confirma que el rechazo más doloroso fue el de los suyos. Él mismo lo declaró: *“No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa”* (**Marcos 6:4**).

Jesús sabía que la primera batalla espiritual de muchos comenzaría en su propio hogar. *“Los enemigos del hombre serán los de su casa”* (**Mateo 10:36**). Él nos advirtió claramente: no debería extrañarnos que las primeras aflicciones de nuestra fe surjan en el ámbito más íntimo.

Un joven que decide seguir a Cristo con radicalidad quizás enfrente la burla de sus padres o el desprecio de sus hermanos. Una esposa que cree en el Señor puede encontrarse con la oposición de un marido incrédulo. Un hijo que anhela servir al Señor con todo su corazón puede ser ridiculizado por sus propios amigos. Jesús lo advirtió: no vino a traer paz, sino espada, y esa espada corta a veces los vínculos más cercanos.

La verdad del evangelio no es que todo será fácil, sino que, en medio de la persecución, la incomprensión y la oposición, Cristo es suficiente. El que sufrió el rechazo desde el pesebre hasta la cruz, nos dejó ejemplo para que no nos sorprenda el camino angosto. La fe en Él no garantiza ausencia de problemas, sino la certeza de que, en cada aflicción, la gracia de Dios sostiene y que la victoria final se encuentra en la resurrección.

“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.”

Isaías 53:3 al 5

El ministerio de Jesús estuvo marcado por señales de compasión y poder, pero siempre bajo la dirección perfecta del Padre. No sanó a todos ni liberó a cada oprimido, aunque multitudes fueron alcanzadas por Su gracia. Esto nos enseña que la obra de Cristo en los evangelios no fue una campaña masiva de soluciones inmediatas, sino la revelación progresiva del plan eterno de Dios.

En más de una ocasión, al pasar por aldeas o ciudades, dejó personas sin sanar físicamente, porque Su propósito era

más grande que el alivio temporal: Él vino a traer vida eterna. Pensemos en el paralítico de Betesda (**Juan 5**). Entre una multitud de enfermos, ciegos, cojos y gente postrada que esperaba el movimiento del agua, Jesús se dirigió solo a uno y lo sanó. Esto nos recuerda que Sus milagros no estaban sujetos a las demandas humanas ni a una necesidad estadística, sino a la voluntad del Padre.

Este principio rompe la idea errónea de que el Reino de Dios es una panacea de bienestar y alegría. Jesús jamás prometió un camino sin dolor; al contrario, dejó en claro que seguirlo tenía un costo. Por eso habló en parábolas, para que los que endurecían su corazón no entendieran ni se convirtieran superficialmente (**Mateo 13:13 al 15**). La salvación no sería producto de una emoción pasajera, sino del arrepentimiento genuino que solo la cruz haría posible.

Aquellos que lo seguían debían dejarlo todo. Pedro y Andrés dejaron sus redes (**Mateo 4:20**), Mateo dejó su mesa de recaudación (**Mateo 9:9**), y muchos otros renunciaron a la seguridad material, a la honra familiar o a los privilegios sociales por causa de Cristo. Recordemos al joven rico, que no pudo seguirlo porque su corazón estaba atado a las riquezas (**Marcos 10:21 y 22**). Jesús no aceptó la condición de su corazón, ni le ofreció mayor prosperidad, sino una invitación al desprendimiento y a un tesoro mayor en los cielos.

Jesús no adornó el discipulado con promesas de comodidad, sino con advertencias claras. Dijo que el que

quisiera seguirlo debía tomar su cruz (**Lucas 9:23**), que quien no lo amara más que a su propia familia no era digno de Él (**Mateo 10:37**), y que por su causa serían perseguidos y odiados de todas las naciones (**Mateo 24:9**). Estas palabras resuenan como una declaración solemne: el Reino no se trata de evitar la aflicción, sino de aprender a vencerla en Él.

Recordemos nuevamente que Él mismo dijo: *“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”* (**Juan 16:33**). Con estas palabras, Jesús nos reveló la esencia del evangelio del Reino: no la eliminación de los problemas, sino la certeza de la victoria en medio de ellos. La fe no es una fórmula mágica para escapar del dolor, sino la fuerza para permanecer firmes cuando todo alrededor parece tambalear.

Jesús también advirtió a Sus discípulos que los enviaba como ovejas en medio de lobos (**Mateo 10:16**). ¿Qué mensaje más alejado de un evangelio de bienestar instantáneo? Les estaba diciendo que la misión implicaba riesgo, vulnerabilidad y valentía. Y aun así, ese envío venía acompañado de la promesa de Su Espíritu Santo, que les daría palabras y poder en medio de la oposición.

De este modo, Jesús enseñó que la fidelidad hasta el fin es la verdadera señal del discipulado. No prometió triunfos inmediatos ni una vida libre de lágrimas, sino la compañía de Su presencia y la victoria eterna en Su regreso glorioso. El evangelio del Reino es un llamado a la

resistencia, a la perseverancia y a la fe que no se apaga aun en medio del fuego de la prueba.

Si tuviéramos que encontrar el mejor y mayor ejemplo de una vida sujeta al Reino de Dios, sería nada menos que la de Jesús. Él vino como el segundo Adán, aunque el primero fue hecho a Su imagen y semejanza. Sin embargo, Él vino para recuperar lo que Adán perdió con su desobediencia.

Por causa de Adán, el pecado, la muerte y la maldad entraron en la humanidad, pero por causa de Cristo, la santidad, la vida eterna y el bien fueron devueltos a la humanidad. Adán padeció, al igual que su descendencia, porque vivieron fuera del gobierno de Dios, pero Jesús vivió toda Su vida terrenal absolutamente sujeto a la voluntad del Padre.

La pregunta sería: ¿Entonces cuál es el motivo de sus aflicciones? Justamente, el motivo de sus aflicciones fue Su obediencia. A Jesús no le salieron las cosas mal, sino que, por el contrario, todo le ayudó a la consumación de Su propósito. Las aflicciones no son sinónimo de desobediencia ni consecuencia de malas decisiones; en ocasiones pueden sobrevenir justamente por estar haciendo todo bien.

Algunos cristianos hoy en día padecen por la fe, otros por caprichosos y rebeldes. Otros, por falta de fe o de comprensión de la voluntad divina. En fin, lo primero que debemos hacer es tratar de discernir cuál es el motivo por el cual las cosas pueden estar saliéndonos mal. No debemos

frustrarnos ni murmurar como los hebreos en el desierto; antes bien, debemos pedir discernimiento espiritual y sabiduría al Espíritu Santo.

Reitero: Jesús hizo todo bien, pero sufrió todo tipo de hostilidades. Él es el mejor ejemplo de una vida de Reino, y si Él padeció, ¿qué nos hace pensar que nosotros no? De hecho, Él mismo se encargó de advertirnos que así sería:

“Por causa de mi nombre todo el mundo los odiará, pero el que se mantenga firme hasta el fin será salvo. Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra. Les aseguro que no terminarán de recorrer las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre. El discípulo no es superior a su maestro, ni el siervo superior a su amo. Basta con que el discípulo sea como su maestro, y el siervo como su amo. Si al jefe de la casa lo han llamado Beelzebú, ¡cuánto más a los de su familia!”

Mateo 10:22 al 25

Hasta ese momento, Jesús preparaba el terreno, enseñando, sanando y revelando el corazón del Padre, pero todavía no había derramado la sangre que lo sellaría. Por eso, en la Última Cena, levantó la copa y dijo: ***“Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama”*** (Lucas 22:20). Aún no había muerto, pero estaba anunciando que con su sacrificio el Nuevo Pacto quedaría establecido para siempre.

En el Antiguo Pacto, los sacrificios de animales cubrían temporalmente el pecado, pero nunca podían quitarlo. Solo el sacrificio perfecto del Cordero de Dios podía hacerlo. Por eso el libro de Hebreos afirma: ***“Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios”*** (Hebreos 10:12).

El Nuevo Pacto comienza allí, en la consumación de la obra en el Calvario. Desde ese momento, ya no hay necesidad de templos de piedra, porque el Espíritu Santo hace de nosotros Su templo. Ya no dependemos de sacerdotes humanos, porque tenemos acceso directo al Padre por medio de Cristo. Ya no caminamos en la sombra de la ley, sino en la plenitud de la gracia y la verdad. El velo del templo fue rasgado de arriba abajo (**Mateo 27:51**), declarando que el acceso al Lugar Santísimo quedó abierto para todos los que creen.

Esto cambia la manera en que entendemos la fe. Antes de la cruz, los discípulos caminaban muchas veces confundidos, temerosos y sin comprender del todo. Pero después de la resurrección, y con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, se convirtieron en testigos valientes e imparables.

Pedro, que antes negó al Señor por miedo a una criada, después se levantó en Jerusalén y predicó con poder, viendo a tres mil personas rendirse a Cristo (**Hechos 2:41**). Esa

transformación es la evidencia viva del Nuevo Pacto: lo que la ley no podía hacer, lo hizo el Espíritu de vida en Cristo.

Sin embargo, esto no significa que la vida cristiana sea una senda sin dificultades. Al contrario, el Nuevo Pacto reafirma que el sufrimiento es parte del camino, pero que en medio de él tenemos la victoria de Cristo. Pablo escribió: ***“Porque a vosotros os es concedido, a causa de Cristo, no solo que creáis en Él, sino también que padezcáis por Él”*** (Filipenses 1:29). La fe verdadera no busca evadir el dolor, sino glorificar a Cristo en medio de él.

En lo personal, cada creyente experimenta esta realidad en su vida diaria. Cuando enfrentamos enfermedades, escasez o incomprensión, podemos caer en la tentación de pensar que la fe no funciona o que Dios nos ha olvidado. Pero el Nuevo Pacto nos recuerda que la victoria no se mide por la ausencia de pruebas, sino por la presencia de Cristo en medio de ellas. ***“Mi gracia te basta”*** (2 Corintios 12:9), fue la respuesta de Dios a Pablo cuando rogaba por la liberación de su agujijón en la carne. Esa misma respuesta nos sostiene hoy: en la debilidad se perfecciona el poder de Cristo.

Por eso, vivir en el Nuevo Pacto es caminar con una esperanza indestructible. No es ingenuidad ni optimismo barato, sino certeza basada en la sangre de Cristo. Es saber que la última palabra no la tiene la enfermedad, ni la pobreza, ni la persecución, ni la muerte, sino la resurrección del Señor.

Es creer que aunque en este mundo tengamos aflicción, en Él tenemos paz porque Él ha vencido.

Queridos hermanos, no debemos sorprendernos si nuestra fe no nos libera de todos los problemas. Jesús nunca prometió un camino fácil. Lo que sí prometió es estar con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo (**Mateo 28:20**). El Nuevo Pacto no consiste en huir de las dificultades, sino en caminar victoriosamente en medio de ellas, confiando en que Cristo ya ha vencido. Esta es la verdad que libera, sostiene y transforma.

“Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.”

Mateo 5:11 y 12



Capítulo seis

LA REVELACIÓN DEL NUEVO PACTO

“Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna.”

Hebreos 9:15

El Nuevo Pacto no es un simple acuerdo entre Dios y el hombre. Tampoco es la continuación de lo que Moisés había recibido en el Sinaí, como si se tratara de una actualización o de un pacto renovado con nuevas cláusulas. El Nuevo Pacto es, en esencia, la consumación de la obra eterna de Dios en Cristo.

Es un pacto que el Padre hizo con el Hijo antes de la fundación del mundo, y que se manifestó en la historia de la humanidad con la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo. En Él se cumplen todas las promesas, en Él se revelan todos los misterios, y en Él somos introducidos por

gracia para participar de una vida que jamás hubiéramos podido alcanzar por nuestras propias fuerzas.

La cruz fue el punto de quiebre. Allí se selló con sangre lo que había sido prometido por los profetas. Allí, el Cordero perfecto, sin mancha ni contaminación, llevó en sí mismo nuestras culpas, canceló el acta de los decretos que nos era contraria y, con un solo sacrificio, ofrecido una vez y para siempre, abrió un camino nuevo y vivo hacia el Padre.

Tal como expresé en el capítulo anterior, el Nuevo Pacto comenzó en ese “*Consumado es*” pronunciado por Cristo (**Juan 19:30**). Antes de esa obra final, las sombras y figuras del Antiguo Testamento anunciaban lo que vendría; después de la cruz, el velo se rasgó y quedó establecido que nada sería igual.

El Nuevo Pacto es, entonces, el pacto del Hijo. Es el fruto de la obediencia de Cristo hasta la muerte, y muerte de cruz (**Filipenses 2:8**). Nosotros no firmamos este pacto con nuestras obras, no lo aseguramos con nuestras promesas ni lo sostenemos con nuestros méritos. El Padre se lo hizo con el Hijo, quien recibió absolutamente todo, y nosotros, por gracia, fuimos injertados en Él. Como enseña Pablo (**Romanos 6:3 y 4**), de esa manera pasamos a ser participantes de Su muerte y de Su resurrección.

En otras palabras, todo lo que es de Él pasa a ser nuestro por la gracia divina: Su justicia, Sus virtudes, Sus

dones, Sus privilegios, Su posición, Su herencia y también sus padecimientos.

Aquí se revela un misterio glorioso: la vida cristiana bajo el Nuevo Pacto no es una simple imitación de Cristo, sino una participación de la vida de Cristo. No se trata de intentar parecernos a Él con esfuerzo humano, sino de permitir que Su Espíritu Santo que vive en nosotros, exprese en la tierra la misma obediencia que tuvo el Hijo hacia el Padre, y por Su vida podamos dar fruto.

Por eso, bajo este pacto, el llamado no es a mejorar la vieja naturaleza, sino a despojarnos de ella; no es a fortalecer el yo, sino a crucificarlo. El Nuevo Pacto es el Nuevo Hombre (**Efesios 4:24**), creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. El viejo hombre fue sentenciado a muerte en la cruz, y la vida del Hijo nos fue impartida a todos los que, por la gracia soberana, hemos llegado a creer.

Pero esta herencia gloriosa incluye también un precio. No solo compartimos la victoria de Cristo, sino también Sus padecimientos. El evangelio no nos promete una vida sin conflictos, sino una vida marcada por la cruz. En el capítulo anterior, mencioné los dichos del apóstol Pablo, y los vuelvo a reiterar, porque ciertamente fue muy claro y contundente: *“A vosotros os es concedido a causa de Cristo, no solo que creáis en Él, sino también que padezcáis por Él”* (**Filipenses 1:29**). Es decir, el Nuevo Pacto incluye la gloria de la resurrección, pero también la comunión en sus sufrimientos (**Filipenses 3:10**).

La Iglesia primitiva entendió esta verdad de manera profunda. Después del día de Pentecostés, los discípulos ya no fueron los mismos. El Espíritu Santo descendió sobre ellos y los bautizó en el Cuerpo de Cristo, introduciéndolos en la dinámica del Nuevo Pacto. Desde ese momento, la Iglesia comenzó a vivir una vida que no dependía de su propio poder, sino de la presencia del Espíritu Santo que daba testimonio de Cristo. Aquellos hombres que antes habían huido atemorizados, ahora predicaban con valentía y estaban dispuestos a morir por el Nombre que es sobre todo nombre.

El Nuevo Pacto no es solamente un cambio de reglas, sino un cambio de vida. Es la instauración de un hombre nuevo en medio de la historia, un pueblo nacido de lo alto, capacitado para dar testimonio en medio de la hostilidad del mundo. La Iglesia no nació en un ambiente de comodidad, sino en medio de la persecución.

La sangre de Cristo inauguró el camino, y la sangre de los mártires se convirtió en la semilla de la Iglesia. Desde Esteban, el primer mártir, hasta cada uno de los apóstoles que entregaron su vida, el testimonio del Nuevo Pacto quedó grabado en la historia con lágrimas, sufrimientos y muertes, pero también con la certeza de una gloria eterna.

La revelación del Nuevo Pacto, por lo tanto, no se reduce a una doctrina que se entiende intelectualmente. Es una realidad que se encarna en la vida del creyente y en el caminar de la Iglesia. Se trata de aceptar que hemos muerto con Cristo y que nuestra vida está escondida con Él en Dios

(Colosenses 3:3). Es rendir la voluntad propia y dejar que sea el Espíritu Santo quien obre en nosotros el querer y el hacer por su buena voluntad **(Filipenses 2:13)**. Es comprender que no somos dueños de nada, pero que en Él lo poseemos todo **(1 Corintios 3:21 al 23)**.

Y aquí surge una pregunta inevitable para cada creyente: ¿hemos abrazado el Nuevo Pacto en toda su dimensión, o seguimos aferrados a un cristianismo superficial que busca bendiciones sin cruz, gloria sin sufrimiento, herencia sin obediencia? La Iglesia de Cristo fue llamada a vivir en la plenitud del Pacto, no a medias, no en tibieza, sino en la entrega total que reconoce que *“ya no vivo yo, más vive Cristo en mí”* (Gálatas 2:20).

El impacto del Nuevo Pacto en la Iglesia primitiva se evidenció casi de inmediato. Apenas descendió el Espíritu Santo en Pentecostés, la comunidad de creyentes comenzó a experimentar tanto la gloria del Reino como la oposición del mundo. La predicación de los apóstoles en Jerusalén provocó gozo en los que recibían el mensaje, pero también levantó una creciente hostilidad por parte de los líderes religiosos.

La razón era clara: el mensaje del Nuevo Pacto declaraba que la Ley había sido cumplida en Cristo, que el Templo ya no era el centro de la vida espiritual y que ahora la presencia de Dios habitaría en Su pueblo redimido. Esta afirmación resultaba intolerable para los guardianes del sistema antiguo.

El caso de Esteban es uno de los primeros testimonios contundentes de lo que significa vivir bajo este Nuevo Pacto. Esteban no fue apóstol ni uno de los doce, sino un diácono, un servidor de mesas. Sin embargo, lleno del Espíritu Santo, se convirtió en un testigo poderoso de Cristo. Su discurso ante el Sanedrín no fue un intento de defenderse, sino una proclamación profética de la historia de Israel que culminaba en Jesús como el cumplimiento de todas las promesas. Aquellas palabras tocaron la herida más profunda de los religiosos: el reconocimiento de que siempre habían resistido al Espíritu Santo.

Esteban vio los cielos abiertos, y antes de morir apedreado, proclamó que el Hijo del Hombre estaba de pie a la diestra de Dios (**Hechos 7:56**). Su muerte no fue una derrota, sino una victoria que confirmó la autenticidad del Nuevo Pacto. Esteban participó de los padecimientos de Cristo y, como su Señor, oró por sus verdugos: ***“Señor, no les tomes en cuenta este pecado”*** (**Hechos 7:60**). Allí se reveló el corazón del Nuevo Hombre, capaz de amar hasta en la agonía, capaz de bendecir mientras la muerte lo abrazaba.

A partir de ese momento, una gran persecución se desató contra la Iglesia. La hostilidad se multiplicó y muchos fueron esparcidos por Judea y Samaria. Pero lo que parecía una tragedia se convirtió en el instrumento para expandir el evangelio. El fuego de la persecución se transformó en semilla de misión. Los cristianos llevaban consigo la convicción de que vivir en el Nuevo Pacto significaba llevar

la cruz con dignidad y anunciar a Cristo sin temor, aunque eso les costara la vida.

Los apóstoles no fueron ajenos a este destino. La tradición cristiana conserva el testimonio de sus muertes, que nos recuerdan que el Nuevo Pacto no es una teoría, sino una entrega radical. Pedro fue crucificado en Roma, según la tradición, cabeza abajo, porque no se consideraba digno de morir como su Señor.

Santiago, hijo de Zebedeo, fue ejecutado por la espada por orden de Herodes (**Hechos 12:2**). Andrés, hermano de Pedro, predicó hasta el último aliento mientras lo crucificaban en una cruz. Felipe murió apedreado en Hierápolis; Bartolomé fue martirizado en Armenia, desollado y decapitado; Tomás fue atravesado por lanzas en la India, donde predicaba el evangelio.

Mateo, según los registros más antiguos, murió en Etiopía proclamando a Cristo; Santiago el Menor fue arrojado desde el pináculo del templo y luego rematado a golpes; Judas Tadeo murió a manos de flechas en Persia; Simón el cananista fue crucificado en Siria; y Matías, elegido en lugar de Judas Iscariote, también entregó su vida como mártir.

Cada muerte apostólica nos habla de un testimonio irrefutable: el Nuevo Pacto no se sostuvo en palabras, sino en vidas entregadas. Aquellos hombres que habían caminado con Jesús no dudaron en morir por Él, porque sabían que su

vida ya no les pertenecía. Habían entendido que en Cristo tenían una herencia incorruptible, mucho mayor que cualquier bien terrenal. La valentía de sus muertes fue, en sí misma, una proclamación del Reino.

El dolor de la persecución no apagó el fuego del evangelio, sino que lo encendió aún más. No les hizo replantearse la fe, ni preguntarse: ¿Por qué los problemas? Los creyentes que eran torturados, quemados en hogueras, lanzados a las fieras o decapitados en las arenas romanas, no se consideraban derrotados.

Sabían que estaban participando de la vida del Hijo y que el sufrimiento de este tiempo presente no era comparable con la gloria venidera que en ellos había de manifestarse (**Romanos 8:18**). El Nuevo Pacto había hecho de ellos hombres y mujeres invencibles en su fe, porque aunque sus cuerpos eran destruidos, su espíritu vivía unido al Cristo resucitado.

Imaginemos cómo sería la evangelización en esa época. Nadie podía predicar sobre la verdad eterna como la opción de mejorar el bienestar personal o familiar. ¿Cómo sería el mensaje dado por estos creyentes? ¿Qué les dirían a gentiles que no tenían ningún conocimiento de las Escrituras y que, de pronto, eran despertados a la gracia divina? ¿El mensaje de hoy podría ser un mensaje factible para aquellos días?

Seguramente diríamos que no, pero lo que no podemos negar es que la forma, o el mensaje en sí mismo, tuvo un éxito total, porque la gente era invitada a una vida eterna que los llevaba a transitar un camino de dolor, pérdida, persecución y muerte. ¿Acaso podemos imaginar a padres de familia metiendo en la fe a sus hijos, sabiendo que por esa causa podrían matarlos?

Ser cristiano era sinónimo de perder en lo natural para ganar en lo espiritual. Recordemos que ellos ponían en juego la paz y el bienestar familiar. Incluso, en lugar de recibir bendiciones materiales, las ofrecían:

“Quienes poseían casas o terrenos los vendían, llevaban el dinero de las ventas y lo entregaban a los apóstoles para que se distribuyera a cada uno según su necesidad. José, un levita natural de Chipre, a quien los apóstoles llamaban Bernabé, vendió un terreno que poseía, llevó el dinero y lo puso a disposición de los apóstoles.”

Hechos 4:34 al 37

Hoy en día, los cristianos no solo pretenden recibir en lugar de dar, sino que además critican de manera despiadada a todo ministro que los exhorte a dar. Entiendo perfectamente que ha habido abusos, pero dar es un principio bíblico que la Iglesia del primer siglo practicó de manera radical y sin reservas. ¡Claro! Si los apóstoles demandaban todo, estaba muy bien; pero si un ministro hoy en día hace hincapié en la ofrenda, ya se expone a las críticas.

Los hermanos de la Iglesia pionera no accedían al evangelio por conveniencia natural. La Iglesia estaba marcada por sangre y lágrimas. Sus vidas nos recuerdan que la revelación del Nuevo Pacto no se expresa solamente en beneficios, dones o milagros, sino en la capacidad de permanecer firmes en medio de la adversidad. El Pacto del Hijo nos concede no solo Su victoria, sino también Su cruz. No solo Su vida, sino también Su muerte. No solo Sus dones, sino también la renuncia del yo.

Por eso, cuando miramos a Esteban, a los apóstoles y a los primeros mártires, entendemos que el llamado del Nuevo Pacto no es a una vida más cómoda, sino a una entrega total. Es el llamado a ser testigos, aun a costa de la vida, sabiendo que nuestra herencia verdadera está guardada en los cielos. La Iglesia del primer siglo nos predica, desde su historia, una verdad que sigue siendo necesaria hoy: solo aquellos que mueren al yo viven verdaderamente en Cristo.

Reflexionemos: ¿Acaso estos hermanos se preguntarían por qué los problemas? Imaginen que ellos, tal vez, provenían de familias y situaciones normales y que, de pronto, el solo hecho de ser cristianos los convertía en el blanco del sistema, tanto religioso como político. Algunos perdían sus casas y pasaban a ser fugitivos, viviendo en una comunidad de fe, que debía permanecer escondida y padeciendo toda clase de necesidad. ¿Qué ocurriría con un evangelio así en esta época de tantas demandas?

Entre todos los testigos del Nuevo Pacto, el apóstol Pablo ocupa un lugar central. No fue parte del grupo de los doce, ni estuvo presente en Pentecostés, pero recibió una revelación directa del Cristo resucitado en el camino a Damasco. Ese encuentro transformó radicalmente a Saulo de Tarso, perseguidor de la Iglesia, en el apóstol de los gentiles, mensajero incansable del evangelio del Reino.

Su vida entera fue una demostración de lo que significa vivir bajo el Nuevo Pacto. Desde el principio comprendió que su misión estaba sellada no con honores humanos, sino con sufrimientos. El mismo Señor le dijo a Ananías acerca de Pablo: ***“Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre”*** (Hechos 9:16). Y así fue: el ministerio de Pablo estuvo marcado por prisiones, azotes, naufragios, hambre, peligros, traiciones y, finalmente, la muerte.

En sus propias palabras, Pablo resume sus aflicciones con un realismo que conmueve: ***“De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno; tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces, en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez”*** (2 Corintios 11:24 al 27).

Esta descripción no es una queja, sino un testimonio. Pablo no escribió estas palabras para inspirar lástima, sino para mostrar que la gloria del Nuevo Pacto no se manifiesta en la ausencia de problemas, sino en la presencia de Cristo en medio de ellos. Por eso podía declarar con plena convicción: ***“Tengo por cierto que lo que en este tiempo se sufre no es comparable con la gloria venidera”*** (Romanos 8:18).

Pablo entendió que su vida estaba escondida en Cristo. Por eso podía decir: ***“Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos”*** (2 Corintios 4:8 y 9). Su mirada no estaba en las cosas temporales, sino en las eternas. El sufrimiento del presente lo consideraba leve y momentáneo en comparación con el ***“cada vez más excelente y eterno peso de gloria”*** (2 Corintios 4:17).

Finalmente, Pablo selló su testimonio con sangre. Preso en Roma, escribió su última carta a Timoteo, donde dejó su despedida: ***“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día”*** (2 Timoteo 4:7 y 8). Según la tradición, fue decapitado bajo el mandato de Nerón. Su muerte no fue una derrota, sino la culminación de una vida completamente entregada al Nuevo Pacto.

La vida y las aflicciones de Pablo nos dejan, junto a todos los hermanos de esa época, una enseñanza fundamental: el Nuevo Pacto no es un camino de comodidad, sino de comunión con Cristo en todas las dimensiones de Su obra. Significa aceptar la cruz diariamente, reconocer que ya no vivimos para nosotros mismos, sino para Aquel que murió y resucitó por nosotros (**2 Corintios 5:15**). Significa que nuestra fuerza no está en lo visible, sino en el poder del Espíritu que nos capacita para permanecer fieles hasta el final.

Hoy, la Iglesia necesita recuperar esta visión. Muchos buscan en Cristo únicamente beneficios materiales, prosperidad económica o soluciones inmediatas a sus problemas. Pero el Nuevo Pacto no fue establecido para garantizarnos una vida sin conflictos, sino para hacernos partícipes de la vida del Hijo, en su victoria y en sus sufrimientos. Ser parte de este Pacto significa renunciar al yo, morir a la carne y dejar que el Espíritu de Cristo viva en nosotros.

Cuando comprendemos esto, las pruebas ya no son un motivo de desesperación, sino una oportunidad de participar en la comunión con Cristo. El dolor se transforma en testimonio, la debilidad en fortaleza y la pérdida en ganancia. Como también dijo Pablo: ***“Todo lo tengo por basura, para ganar a Cristo”*** (**Filipenses 3:8**). Esa es la verdadera riqueza del Nuevo Pacto: poseer a Cristo mismo como nuestra herencia.

El llamado que resuena hoy es el mismo que abrazó la Iglesia del primer siglo: tomar la cruz y seguir al Maestro. El Nuevo Hombre que ha nacido en nosotros debe ser expresado en cada decisión, en cada palabra, en cada renuncia, en cada servicio. Vivir bajo el Nuevo Pacto no es un acto de religiosidad, sino la entrega total de la vida para que Cristo viva en nosotros y a través de nosotros.

Así, al contemplar la cruz, la sangre de los mártires, la valentía de los apóstoles y la fidelidad de Pablo hasta la muerte, entendemos que el Nuevo Pacto no es una promesa ligera, sino la obra más gloriosa de Dios en la historia. Y nuestra respuesta no puede ser otra que rendirnos, entregar nuestro yo y dejar que Su Espíritu nos conforme a la imagen del Hijo. Ese es el llamado, ese es el camino, esa es la revelación del Nuevo Pacto.

“El que habla, que hable conforme a las palabras de Dios; el que sirve, que lo haga por la fortaleza que Dios da, para que en todo Dios sea glorificado mediante Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.”

1 Pedro 4:11



Capítulo siete

LA CULTURA DEL SIGLO XXI Y LA FE

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”

Romanos 12:2

Vivimos en un tiempo cultural y social muy especial. El siglo XXI se levanta como un escenario lleno de luces, pero también de sombras. Es un mundo interconectado, donde la tecnología acerca en segundos lo que antes requería días o meses; pero, a la vez, la rapidez con la que corren las ideas, las modas y los pensamientos ha debilitado las raíces de aquello que permanece. Nunca antes la humanidad había estado expuesta a tantas voces al mismo tiempo, y paradójicamente, nunca antes había sido tan difícil escuchar la voz de Dios en medio de ese ruido ensordecedor.

La cultura contemporánea se ha vuelto un terreno hostil para la fe genuina. No porque Dios haya perdido poder,

ni porque el evangelio del Reino haya dejado de ser eficaz, sino porque los valores, ideologías y formas de interpretar la vida que dominan, hoy actúan como un filtro que distorsiona la verdad revelada.

El corazón humano, ya de por sí inclinado al pecado, encuentra ahora justificación filosófica, cultural y social para rechazar el señorío de Cristo. Lo que antes era visto como pecado, ahora se celebra como virtud. Lo que antes era vergonzoso, hoy se exhibe con orgullo. Lo que antes se sostenía como verdad, hoy se considera relativo y negociable.

La cosmovisión dominante de este tiempo ha cambiado radicalmente la manera en que las personas se relacionan con la fe. El hombre posmoderno no busca una verdad absoluta que ilumine sus pasos, sino una “experiencia” que le proporcione satisfacción inmediata.

La fe en Cristo, que demanda entrega, renuncia y obediencia, es sustituida por una espiritualidad superficial que se amolda al bienestar individual. De este modo, el evangelio se convierte, para muchos, en un producto más dentro de un catálogo de opciones religiosas o filosóficas, donde lo importante no es la verdad que salva, sino lo que nos hace sentir bien en el momento.

El relativismo ha impregnado cada esfera de la vida cultural. Las generaciones actuales han sido educadas bajo la premisa de que no existe una verdad absoluta y que cada uno puede construir su propia versión de la realidad. Esto, que

parece inofensivo en apariencia, mina directamente la fe, porque si todo es relativo, también lo es la Palabra de Dios.

Si no hay verdades universales, entonces no hay pecado, no hay justicia, no hay juicio eterno. En ese terreno, la cruz pierde su urgencia, porque el hombre ya no se reconoce perdido ni necesitado de salvación. Así, el mensaje del evangelio se reduce a un consejo motivacional o a una filosofía de vida que se escoge o se descarta según la conveniencia personal.

El individualismo, por su parte, ha erosionado el concepto de comunidad, que es esencial en la fe cristiana. El Reino de Dios nos llama a ser cuerpo, a vivir en unidad, a sostenernos mutuamente; pero la cultura del siglo XXI insiste en que cada uno trace su camino sin rendir cuentas a nadie.

La autonomía se idolatra, y el “yo” se convierte en el dios que gobierna decisiones, relaciones y proyectos. No es de extrañar que muchas personas se acerquen a la iglesia no para someterse al señorío de Cristo, sino para buscar beneficios personales, bendiciones inmediatas y soluciones rápidas. Lo que importa no es agradar a Dios, sino que Dios los agrade a ellos.

El consumismo añade otra capa de dificultad. La lógica de este tiempo enseña que valemos por lo que tenemos y que la felicidad depende de lo que adquirimos. El mercado no solo vende productos; también vende estilos de vida, identidades y hasta espiritualidades prefabricadas. En este

contexto, la fe se convierte fácilmente en una mercancía más: se predica un evangelio enfocado en el bienestar como si fuera un derecho inalienable de todo creyente. De esta manera, el discipulado verdadero, que implica cargar la cruz y seguir a Cristo en medio de pruebas y sufrimientos, queda relegado a un rincón incómodo que pocos quieren mirar.

El egocentrismo corona este sistema cultural. Todo gira en torno al individuo, a su imagen, a sus deseos y a su autoafirmación. Las redes sociales son el espejo perfecto de este fenómeno: millones de personas construyendo su propio altar digital, donde buscan la adoración de los demás en forma de “me gusta” y seguidores.

El yo se infla, la humildad desaparece, y la fe, que debería ser un camino de negación del yo para exaltar a Cristo, es manipulada para alimentar el ego personal. Así, incluso dentro de la iglesia, se exalta más al predicador carismático que al Cristo crucificado, más a la experiencia emocional que a la Palabra eterna.

Las ideologías del presente, muchas de ellas revestidas de discursos aparentemente justos, también socavan la recepción del evangelio. Movimientos que exaltan derechos legítimos terminan desviando al hombre de la verdad de Dios, porque colocan al ser humano en el centro y no al Creador. Se construye así un mundo donde cada cual persigue su propia causa, pero casi nadie busca el Reino y su justicia.

La anarquía contra la autoridad, ya sea familiar, política o espiritual, completa este cuadro: se rechaza toda forma de sujeción, incluso a Dios mismo. La libertad mal entendida se convierte en libertinaje, y la gracia de Cristo es usada como excusa para una vida sin compromiso. Lo peor de todo esto es que los líderes lo saben muy bien, pero asumen el costo del mensaje por obtener resultados, porque al final eso es lo que se considera “éxito”.

Todo esto demuestra que nada de lo que ocurre en la cultura actual es inocente para la vida de la Iglesia. Cada tendencia, cada idea, cada moda, lleva consigo una carga espiritual que moldea el corazón de las personas y crea resistencia frente al evangelio. El Reino de Dios no se asimila naturalmente en este terreno; necesita hombres y mujeres que estén dispuestos a discernir los tiempos y a vivir contraculturalmente.

En medio de esta realidad, debemos entender que la gente de nuestro tiempo busca bienestar, no compromiso; placer, no sacrificio; gratificación inmediata, no procesos de maduración espiritual. Pero no digo esto juzgando a nadie, porque entiendo que es un problema cultural; por eso, cuando llegan a las iglesias, esperan recibir un mensaje que los haga sentir bien, no uno que los confronte con su pecado, y todos encuentran mucha lógica en eso.

Aquí radica uno de los grandes peligros de nuestro tiempo: muchas congregaciones, en su afán de multiplicación o expansión, terminan negociando la verdad. Se adaptan

tanto al deseo de las multitudes que diluyen el mensaje hasta hacerlo irreconocible. Las reuniones se programan más para complacer a la gente que para agradar a Dios. Pero, una vez más, aclaro que no estoy juzgando a nadie; solo estoy identificando lo que creo que es el gran problema.

Este tipo de evangelio diluido no prepara a los creyentes para la adversidad. Cuando llegan las pruebas, cuando las crisis sacuden la fe, esa gente que fue instruida con un evangelio superficial se derrumba porque nunca aprendió a abrazar el sufrimiento como parte de la vida cristiana.

Hemos olvidado, incluso, el profundo significado que la muerte tiene para el creyente: la muerte con Cristo, que es la puerta a una vida nueva; y la muerte física, que no es derrota sino entrada a la victoria eterna. En la cultura del bienestar y del éxito inmediato, hablar de la cruz y del padecimiento se considera ofensivo o anticuado, pero es precisamente allí donde radica la esencia de nuestra fe.

La cultura actual se presenta como un terreno, en apariencia fértil, lleno de oportunidades, avances y promesas de progreso, pero en realidad es un campo sembrado de espinas que asfixian la semilla del evangelio. Jesús mismo advirtió, en la parábola del sembrador, que hay corazones donde la Palabra no echa raíz porque los afanes de la vida, las riquezas y los placeres de este mundo la ahogan. Hoy vivimos precisamente en ese escenario: la semilla es lanzada, pero la tierra cultural donde cae está endurecida, distraída o

contaminada. El resultado es una fe débil, superficial, incapaz de resistir las pruebas.

Cuando observamos la manera en que el mundo actual interpreta la vida, vemos que la fe cristiana es considerada, en el mejor de los casos, una opción más dentro del mercado espiritual y, en el peor, una amenaza a la autonomía personal. La cosmovisión secular ya no admite una autoridad superior a la del hombre.

La verdad es lo que cada uno construye y la moral es lo que la mayoría aprueba. Frente a esta mentalidad, la proclamación del evangelio del Reino suena como una disonancia molesta, porque afirma que Cristo es el único camino, la única verdad y la única vida (**Juan 14:6**). Esa exclusividad resulta inaceptable para una cultura que adora la diversidad de ideas, pero rechaza toda verdad absoluta.

El relativismo, que se presenta como tolerancia, en realidad es un disfraz del rechazo a Dios. Bajo el lema de la inclusión, se admite cualquier creencia, menos aquella que proclame un señorío exclusivo sobre el hombre. Esta es una de las grandes paradojas de nuestro tiempo: se predica libertad, pero se vive en la esclavitud del pecado; se exalta la tolerancia, pero se margina la fe verdadera. El resultado es una generación confundida, atrapada en un océano de opciones, incapaz de anclar su vida en una roca firme.

El individualismo, que promete autonomía, ha roto la estructura de la vida comunitaria. La fe, sin embargo, no es

un proyecto individual, sino un llamado a ser parte de un cuerpo. La iglesia primitiva lo entendió con claridad: nadie podía perseverar en la fe aislado, porque la comunión con los hermanos era parte esencial de la vida cristiana.

Pero el hombre del siglo XXI no quiere depender de nadie. Prefiere una espiritualidad privada, consumida en la soledad de su habitación o en la comodidad de una transmisión en línea, sin rendir cuentas, sin compartir cargas, sin ser edificado ni edificar a otros. La cultura ha promovido la idea de que la fe puede vivirse en solitario, como si el discipulado fuera un producto personalizado al gusto del consumidor. El resultado es una fe fragmentada, sin raíces y sin compromiso comunitario.

El consumismo, además, ha contaminado las expectativas de los creyentes. Muchos llegan a la iglesia como quien entra a un centro comercial: buscan un servicio que les satisfaga, un programa que les atraiga, una prédica que los anime. Si no lo encuentran, simplemente se van a otra “tienda espiritual” que ofrezca algo mejor.

La lógica de mercado ha invadido la lógica de la fe, y en lugar de discípulos, producimos clientes. En lugar de formar siervos, formamos consumidores. En lugar de preparar soldados de Cristo, preparamos asistentes de eventos. Pero el Reino de Dios no se edifica con clientes, sino con hombres y mujeres que han decidido negarse a sí mismos y seguir al Maestro hasta las últimas consecuencias.

El egocentrismo ha llevado esta distorsión a su punto más alto. No se busca a Dios por lo que Él es, sino por lo que puede dar. No se ora para alinearse a su voluntad, sino para que Él se alinee a la nuestra. El yo se ha entronizado, y la fe se convierte en un medio para alimentar ese trono. Incluso dentro de las iglesias, vemos cómo se exalta a líderes, ministerios o movimientos por encima de Cristo mismo.

En vez de que la gloria sea para Dios, se desvía hacia personas, estructuras o logros humanos. Pero el evangelio auténtico es incompatible con esta idolatría del yo: llama a morir a uno mismo, a crucificar el ego, a reconocer que el *“ya no vivo yo, Cristo vive en mí”* no ha pasado de moda, sino que es un principio fundamental del Reino.

Las ideologías del tiempo presente refuerzan este desvío. Cada grupo humano crea su bandera, defiende su causa, lucha por su derecho, pero en medio de tantas luchas nadie se arrodilla ante el verdadero Rey. El Reino de Dios no se confunde con las ideologías humanas, porque no nace de la voluntad del hombre sino de la voluntad de Dios.

El problema es que muchos cristianos, en lugar de discernir, terminan atrapados en esas corrientes, asumiendo banderas humanas como si fueran divinas. De esta forma, la fe pierde su pureza y se convierte en un apéndice de causas temporales.

La anarquía que caracteriza a nuestra época se ve en la falta de respeto a toda forma de autoridad. Los hijos

desobedecen a los padres, los ciudadanos desprecian a los gobernantes, los estudiantes a los maestros, y muchos creyentes a sus pastores. Este espíritu de rebeldía no es casual: es un eco de la rebelión original contra Dios. Cuando el hombre rechaza la autoridad divina, inevitablemente termina despreciando toda autoridad humana. Y en un mundo sin respeto ni sujeción, la fe, que requiere obediencia y disciplina espiritual, se vuelve cada vez más incómoda.

El deterioro de los valores es otra señal evidente de la cultura contemporánea. La vida ha perdido su valor, la palabra ya no es confiable, las leyes se cambian según los intereses de turno. En este panorama, el evangelio, que proclama la santidad de la vida, la fidelidad de Dios y la eternidad de su Palabra, aparece como un anacronismo. Pero precisamente ahí está nuestra misión: ser sal y luz en medio de la corrupción y de la oscuridad.

Ante esta cultura adversa, el mayor error de la iglesia sería adaptarse hasta perder su identidad. Y, lamentablemente, eso es lo que muchas congregaciones han hecho: suavizar el mensaje, callar las verdades incómodas, adornar el evangelio con promesas de éxito y bienestar para no ofender a nadie.

Pero cuando la iglesia hace esto, ya no es la iglesia de Cristo, sino un espectáculo religioso que entretiene, pero no transforma. Un evangelio sin cruz es un evangelio sin poder. Un evangelio sin renuncia es un evangelio sin fruto. Y un evangelio sin verdad es un evangelio sin salvación.

Frente a esta cultura, la iglesia está llamada a tomar una decisión clara: o se acomoda al espíritu de la época, o se levanta como un testimonio vivo del Reino de Dios. No hay punto medio. El evangelio nunca ha sido compatible con las corrientes del mundo, y menos aún con una cultura que idolatra al hombre y desprecia la verdad. La fe no puede crecer cuando se siembra en tierra contaminada de relativismo, individualismo y consumismo; necesita un suelo limpio, abonado con obediencia y regado con la Palabra de Dios.

Por eso es urgente que recuperemos la centralidad de Cristo y de la cruz en nuestro mensaje. La fe cristiana no se trata de bienestar ni de éxito humano, sino de vida eterna, de salvación, de reconciliación con Dios y de propósito eterno. No podemos seguir ofreciendo un evangelio rebajado para que sea más digerible al gusto del público.

La verdad nunca debe negociarse. Jesús no prometió caminos fáciles; prometió aflicciones, persecuciones y pruebas, pero también aseguró su victoria sobre el mundo. El que quiera venir en pos de Él debe negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirle. Ese es el discipulado que transforma vidas, no la búsqueda de un bienestar sin compromiso.

Si como iglesia seguimos fabricando reuniones que entretienen pero no confrontan; si seguimos construyendo mensajes que levantan la autoestima pero no llaman al arrepentimiento; si seguimos presentando a Cristo como un proveedor de beneficios en lugar de como el Señor de la vida,

estaremos criando generaciones frágiles, incapaces de enfrentar la adversidad. Y cuando los vientos de la persecución soplen con más fuerza, muchos se desmoronarán porque nunca fueron preparados para sufrir por causa del evangelio.

El apóstol Pablo no engañó a sus discípulos: les enseñó desde el principio que ***“es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el Reino de Dios”***. Este mensaje no era un desaliento, sino un recordatorio de que la fe verdadera no se rinde ante la adversidad, sino que se fortalece en ella.

Incluso la verdadera fe cristiana no teme a la muerte, porque sabe que ha sido vencida en la resurrección de Cristo. Para el mundo, la muerte es el fin; para nosotros, es la entrada a la eternidad gloriosa. Recuperar esta visión es fundamental para vivir con firmeza en medio de un mundo que se aferra desesperadamente a lo temporal. Si olvidamos la esperanza eterna, terminaremos predicando un evangelio reducido a esta vida, cuando el apóstol Pablo dijo claramente que si nuestra esperanza en Cristo se limita solo a lo terrenal, somos los más dignos de lástima de todos los hombres.

Es cierto que la cultura de este siglo no favorece la asimilación del evangelio, pero no debemos caer en el error de pensar que estamos derrotados. Dios nunca ha necesitado un contexto favorable para manifestar Su poder. El evangelio floreció en medio del imperio romano, rodeado de persecuciones, idolatría y filosofías contrarias.

La luz brilla con más fuerza en la oscuridad, y el Reino de Dios avanza incluso en los terrenos más hostiles. Lo que se requiere no es que el mundo cambie primero, sino que la iglesia se mantenga fiel a su llamado. Una iglesia firme, que predica la verdad con amor, que vive en santidad y que no negocia su fe, siempre será un faro en medio de la tormenta.

Por eso, la exhortación para la iglesia del siglo XXI es clara: no podemos dejarnos moldear por la cultura, sino que debemos transformarla con el poder del Evangelio. Esto implica pagar un precio, porque no seremos aplaudidos por el mundo. Jesús dijo que seríamos aborrecidos, perseguidos y rechazados. Sin embargo, también aseguró que estaríamos acompañados por su Espíritu Santo hasta el fin. Esa es nuestra fuerza. No dependemos de la aceptación cultural ni de la aprobación social. Dependemos del Dios eterno que ha prometido edificar Su iglesia, y que las puertas del Hades no prevalecerán contra ella (**Mateo 16:18**).

La fe, en este tiempo, no puede ser débil ni superficial. Necesitamos una fe robusta, fundamentada en la Palabra, anclada en la esperanza eterna y sostenida por el poder del Espíritu Santo. Solo así podremos enfrentar una cultura que busca arrastrarnos hacia la indiferencia, la tibieza o la apostasía. Solo así podremos mostrar al mundo que Cristo no es una opción más, sino el único Salvador y Señor.

No debemos olvidar que cada generación de creyentes ha tenido que enfrentar sus propios enemigos culturales. Los primeros cristianos tuvieron que resistir al paganismo

romano; los creyentes de la Edad Media, a la corrupción religiosa; y los reformadores se levantaron contra sistemas opresivos que habían oscurecido la verdad.

Hoy nos toca a nosotros enfrentar al relativismo, al individualismo, al consumismo, al egocentrismo y a la anarquía moral. Nuestra lucha no es contra carne ni sangre, sino contra potestades espirituales que operan detrás de estas corrientes. Por eso necesitamos armarnos con toda la armadura de Dios y permanecer firmes, sin preguntarnos como víctimas ¿Por qué los problemas?

El siglo XXI es un desafío, pero también una oportunidad. Es el tiempo en el que Dios nos ha llamado a vivir y dar testimonio. No somos espectadores pasivos de una cultura que se derrumba, sino embajadores de un Reino incommovible. Aunque el mundo cambie, la Palabra de Dios permanece para siempre. Aunque las modas se desvanezcan, el evangelio sigue siendo poder de Dios para salvación. Aunque muchos se aparten, el remanente fiel sostendrá la antorcha de la fe hasta la venida gloriosa de Cristo.

Por lo tanto, no temamos al ambiente cultural en que nos toca predicar y vivir. No nos dejemos seducir por los cantos de sirena del bienestar inmediato. No es que todo nos esté saliendo mal, sino que, desde los días de Juan el Bautista, el Reino sufre violencia y los violentos pretenden acabar con él (**Mateo 11:12**). La fe no es para eliminar problemas, sino para poder enfrentarlos exitosamente.

No preguntemos obviedades, como si algo extraño nos estuviera aconteciendo. Los problemas son parte del panorama del Reino, y Dios nos ha provisto de todo lo necesario para saber que somos más que vencedores.

“¿Qué diremos frente a esto? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién puede estar en contra nuestra? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas? ¿Quién acusará a los que Dios ha escogido? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? Cristo Jesús es el que murió, e incluso resucitó, y está a la derecha de Dios e intercede por nosotros. ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia?

Así está escrito: Por tu causa nos vemos amenazados de muerte todo el día; nos tratan como a ovejas destinadas al matadero. Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.”

Romanos 8:31 al 37



EPÍLOGO

“Así que, aunque estamos en problemas, no nos rendimos. Tenemos dificultades, pero no desesperamos. Somos perseguidos, pero no abandonados. Nos derriban, pero no nos destruyen.”

2 Corintios 4:8 y 9:

Al concluir este recorrido por la comprensión del evangelio del Reino y la manera en que enfrentamos las pruebas, surge una pregunta que acompaña a todo creyente: ¿por qué, si tengo fe, siguen llegando los problemas? Durante estas páginas hemos analizado distintas perspectivas, desde la experiencia del Antiguo Testamento, pasando por la vida de Jesús, hasta la realidad del Nuevo Pacto y la cultura del siglo XXI. Cada capítulo nos ha confrontado con una verdad esencial: la fe no es un mecanismo que elimina el dolor, sino la fuerza que nos permite vivir con sentido y propósito en medio de él.

Desde el primer capítulo, recordamos que el evangelio del Reino no fue diseñado para prometer comodidad inmediata ni para servir como un remedio mágico ante cada dificultad. El mensaje de “pare de sufrir” o de “Dios solucionará tu problema” es tentador, pero no refleja la plenitud de la gracia de Cristo ni la verdadera obra del Reino en nuestra vida.

La gracia no nos exime de los procesos, de las aflicciones ni de los quebrantos; más bien, nos enseña a caminar a través de ellos, a discernir su propósito y a descubrir que en medio del dolor puede surgir la esencia del éxito verdadero. La fe madura no es la ausencia de problemas, sino la presencia inquebrantable de Dios en medio de ellos.

En el segundo capítulo, vimos cómo las expectativas equivocadas sobre la fe pueden llevar al desánimo. Creer que Dios nos dará respuestas inmediatas a cada necesidad personal genera frustración cuando la vida no sigue ese patrón. Sin embargo, la realidad del Reino nos recuerda que la gracia no es un instrumento de conveniencia, sino un poder transformador que nos capacita para vivir conforme al propósito divino.

No necesitamos atractivos para que la gente acepte la fe; necesitamos vida, testimonio y obediencia. Cuando la gracia se manifiesta, se revela en transformación interior, en carácter, en perseverancia y en frutos que trascienden las circunstancias.

El tercer capítulo nos enseñó a distinguir entre las tormentas de Dios y las tormentas del enemigo. Mientras algunas dificultades surgen por ataque externo y pueden ser enfrentadas con fe y autoridad, otras son correctivas y nos invitan a la humildad y la obediencia. Reconocer esta diferencia nos ayuda a no convertirnos en víctimas de la circunstancia ni en juzgadores de la providencia divina.

Todo proceso, aun doloroso, tiene un propósito cuando la gracia de Dios nos sostiene. Vivir bajo Su soberanía significa comprender que lo que parece adversidad puede ser un escalón hacia la madurez y la victoria.

Cuando analizamos las aflicciones del Antiguo Testamento, vimos que la vida de los patriarcas y profetas no fue un camino de comodidad. Abraham, José, Job y otros hombres y mujeres de fe enfrentaron situaciones extremas, traiciones, injusticias y pérdidas. Sin embargo, cada uno mostró que la fe auténtica no se define por la ausencia de problemas, sino por la fidelidad a Dios en medio de ellos. Sus vidas nos enseñan que el sufrimiento no es un signo de abandono, sino una herramienta que Dios siempre ha utilizado para revelar Su gloria y formar Su carácter en nosotros.

Jesús, en Su ministerio terrenal, también mostró la profundidad del sufrimiento que acompaña a la obediencia. No evitó la cruz, y Su camino estuvo lleno de contradicciones, rechazo y dolor. A través de Él aprendimos que las aflicciones no son una señal de fracaso, sino la oportunidad de participar en la obra redentora de Dios. Cuando enfrentamos dificultades, no debemos preguntarnos si hemos fallado, sino cómo podemos caminar con Cristo en medio de ellas, reflejando Su vida y Su propósito.

El Nuevo Pacto nos ofrece una perspectiva aún más amplia. No se trata solo de milagros, bendiciones visibles o éxito personal; se trata de comunión con Cristo en todas las

dimensiones de la vida. La verdadera herencia del creyente se encuentra en la relación con Él, en la obediencia diaria y en la disposición a cargar nuestra cruz. Como vimos, Pablo nos enseñó que las pruebas son inevitables, pero la presencia de Cristo nos permite vivirlas con esperanza y gozo, sabiendo que la gloria futura supera cualquier dificultad presente.

Finalmente, la cultura del siglo XXI representa un desafío particular. Vivimos en un tiempo de relativismo, consumismo, egocentrismo y anarquía moral. La fe se enfrenta no solo a problemas personales, sino a corrientes culturales que buscan moldear al creyente a patrones de confort y conveniencia. El peligro radica en adaptar el evangelio a las expectativas humanas, en suavizar la cruz y ofrecer promesas vacías. Pero la iglesia está llamada a resistir, a ser contracultural y a mostrar que la verdadera riqueza del Reino no se mide por la ausencia de problemas, sino por la presencia constante de Dios en nuestra vida.

Reitero que en este sentido, las pruebas no son enemigas de la fe, sino herramientas que el Espíritu usa para moldear nuestro carácter, fortalecer nuestra esperanza y profundizar nuestra comunión con Cristo. Las dificultades nos recuerdan que la vida cristiana no es un camino de comodidad, sino un trayecto de transformación, obediencia y crecimiento espiritual.

Este epílogo no puede terminar sin un llamado a la acción. Hemos recorrido la vida de los creyentes del Antiguo Testamento, el ministerio de Jesús, las experiencias de los

apóstoles y la realidad de la iglesia contemporánea. Todo converge en una verdad que debemos asumir con claridad: la fe auténtica no es un escudo que elimina los problemas, sino un ancla que nos sostiene en medio de ellos. La gracia de Dios no consiste en evitar las tormentas, sino en enseñarnos a navegar con valentía y discernimiento en sus aguas.

Hoy, más que nunca, necesitamos una fe robusta, firme en la Palabra y en la esperanza de la eternidad. No podemos permitir que la cultura, las ideologías pasajeras, ni los deseos de comodidad nos desvíen del propósito de Dios. Cada dificultad que enfrentamos es una oportunidad para confirmar nuestra fidelidad y para experimentar la plenitud de Cristo, aun cuando las circunstancias externas parezcan contrarias.

Es fundamental recordar que la vida de fe no se mide por la ausencia de conflictos, sino por la fidelidad en medio de ellos. Pablo lo comprendió plenamente: no buscaba evitar prisiones, azotes o naufragios, sino vivir cada situación como un espacio donde la gloria de Dios se manifiesta. Su ejemplo nos desafía hoy a no buscar una fe cómoda, sino una fe transformadora, capaz de sostenernos cuando el mundo parece desmoronarse.

La cultura contemporánea nos exige discernimiento. Las corrientes de relativismo, consumismo, egocentrismo y placer inmediato no desaparecerán por arte de magia; están profundamente arraigadas. Pero tampoco son invencibles.

La iglesia que se aferra al evangelio, que proclama la verdad sin comprometerla, que enseña a sus miembros a abrazar la cruz y a caminar con obediencia, siempre será un faro de esperanza en medio de la confusión. Los problemas no son excusa para claudicar; son la oportunidad de demostrar que la gracia de Dios es suficiente y que Su poder se perfecciona en la debilidad (**2 Corintios 12:9**).

El lector de este libro, si ha caminado con atención a cada capítulo, ha sido confrontado con una realidad ineludible: la fe no nos promete comodidad ni éxitos inmediatos. Nos promete algo mucho más valioso: comunión con Cristo, transformación interior y victoria eterna. Entender esto cambia radicalmente nuestra perspectiva frente a las dificultades. Lo que antes parecía un obstáculo insuperable, se convierte en un terreno fértil para aprender, crecer y madurar en la gracia del Señor.

Por ello, no debemos temer a los problemas. No debemos desanimarnos cuando las circunstancias parecen superar nuestras fuerzas. Más bien, debemos aferrarnos a la certeza de que Dios trabaja en todas las cosas para bien de aquellos que le aman. Cada prueba, cada aflicción, cada desafío es parte del proceso de formación que nos conduce a la madurez en Cristo. La fe verdadera no se mide por lo que evitamos, sino por lo que soportamos con esperanza y fidelidad.

El mensaje final de este libro es un llamado a la valentía espiritual. Es un recordatorio de que los problemas

no son señales de fracaso ni indicios de que Dios nos ha abandonado. Son invitaciones a profundizar nuestra dependencia del Espíritu, a reforzar nuestro compromiso con la Palabra y a vivir una vida centrada en el Reino que trasciende lo visible. Ser cristiano no es vivir sin dificultades, sino vivir con Cristo en medio de ellas, dejando que Su poder y Su gracia se manifiesten plenamente.

Que cada lector recuerde que la verdadera riqueza no está en la ausencia de pruebas, sino en la presencia de Dios. Que la fortaleza no se mide por la ausencia de dolor, sino por la capacidad de perseverar en fidelidad. Que la vida cristiana no se reduce a la comodidad, sino que se define por el compromiso, la obediencia y la esperanza firme en la eternidad.

En este viaje de fe, los problemas no son enemigos, sino instrumentos divinos para revelar nuestro corazón y purificar nuestra fe. La gracia de Dios nos sostiene, el Espíritu nos guía, y la Palabra nos ilumina. No importa cuán turbulento sea el siglo en que vivimos, ni cuán difíciles sean las circunstancias: la fe auténtica permanece, y la victoria final pertenece a aquellos que confían en Cristo con todo su ser.

Así, concluyo este libro con una invitación a vivir la fe no como un refugio de comodidad, sino como un camino de transformación, obediencia y esperanza. Que cada desafío sea tomado como una oportunidad para crecer, que cada tormenta sea enfrentada con valentía, y que cada aflicción sea

entendida a la luz del Reino de Dios. Porque al final, los problemas no son los que nos definen; la fidelidad a Cristo, la gracia recibida y la esperanza de la eternidad son lo que realmente determina nuestro destino.

Que nuestra fe se fortalezca, que la perseverancia se haga costumbre y que, en medio de cualquier circunstancia, la vida de Cristo brille a través de nosotros. Porque en este mundo lleno de desafíos, solo aquellos que vivimos con los ojos puestos en el Reino y el corazón anclado en Dios descubriremos que la verdadera victoria no consiste en escapar de los problemas, sino en enfrentarlos con la fuerza que proviene de Aquel que nos amó hasta la muerte y nos prometió vida eterna.

“Por eso Dios, queriendo demostrar claramente a los herederos de la promesa que su propósito es inmutable, la confirmó con un juramento. Lo hizo así para que, mediante la promesa y el juramento, que son dos realidades inmutables en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un estímulo poderoso los que, buscando refugio, nos aferramos a la esperanza que está delante de nosotros. Tenemos como firme y segura ancla del alma una esperanza que penetra hasta detrás de la cortina del santuario, hasta donde Jesús, el precursor, entró por nosotros, llegando a ser sumo sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.”

Hebreos 6:17 al 20 NVI

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

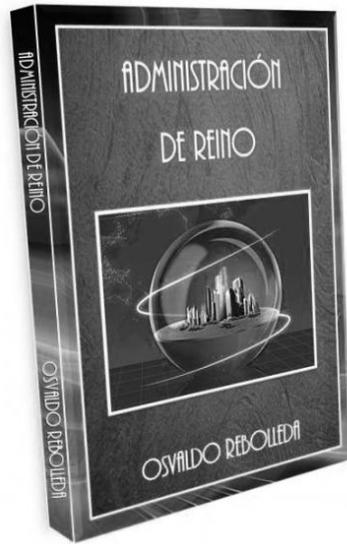
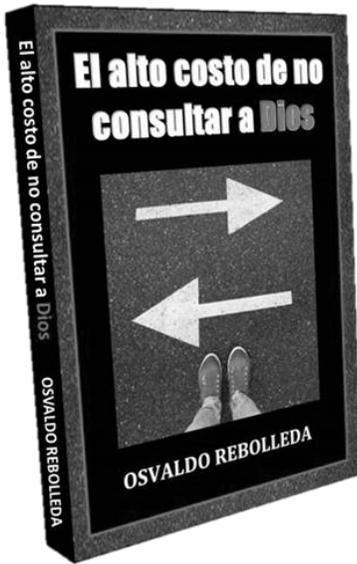
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

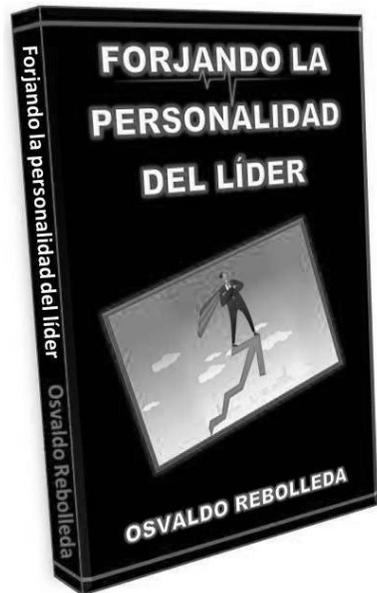
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

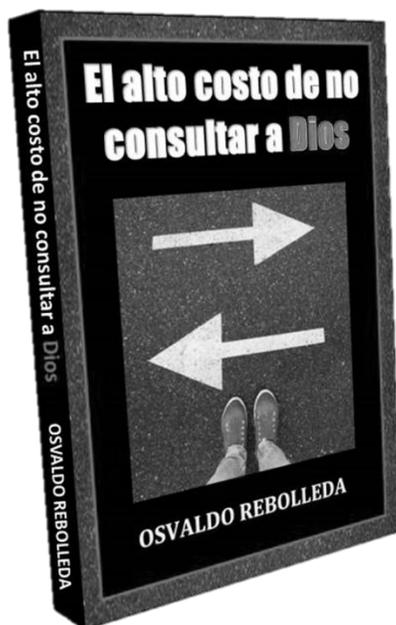


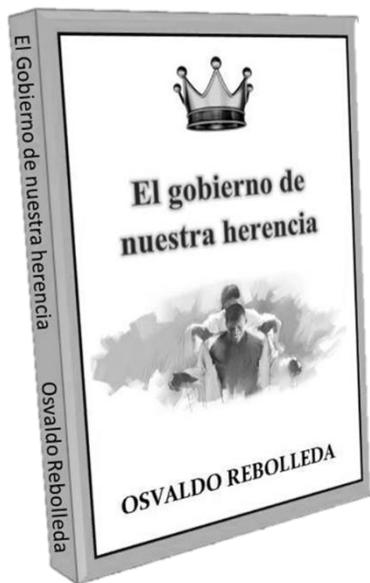
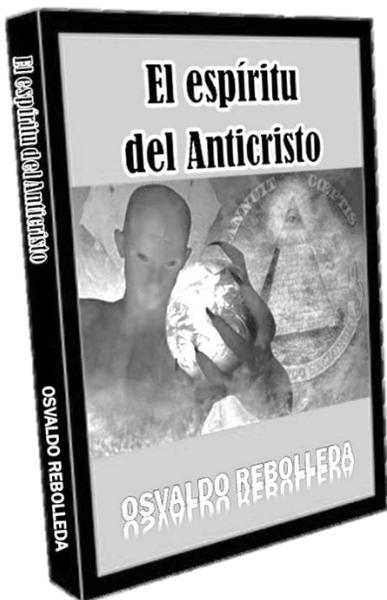
www.osvaldorebolleda.com



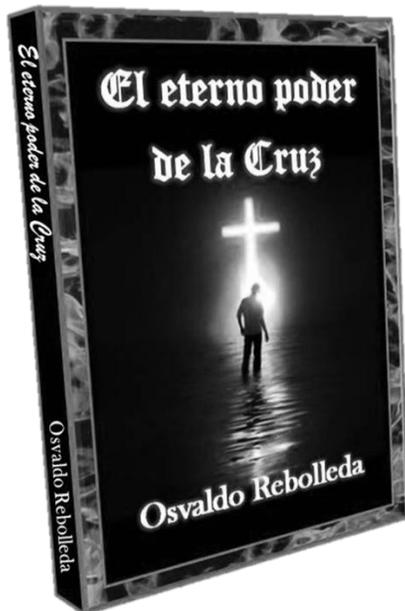
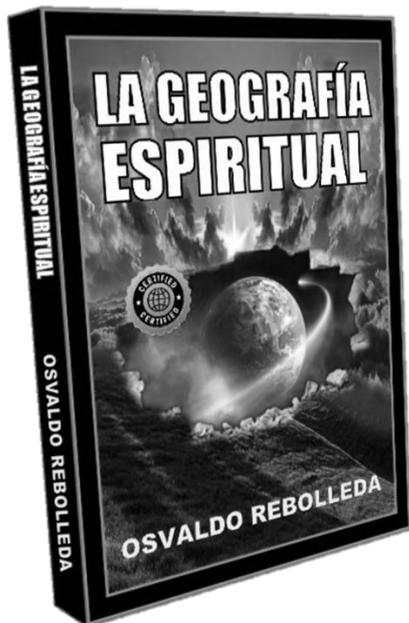


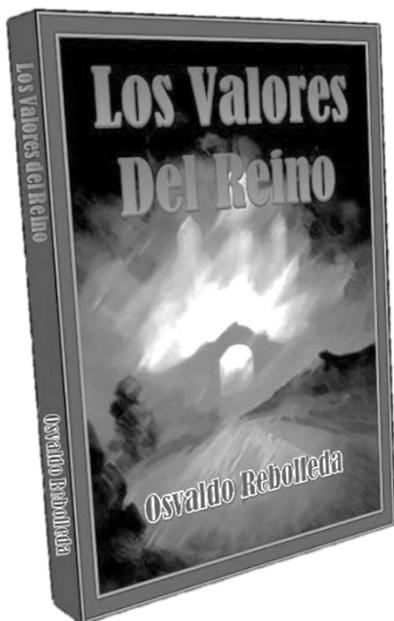
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

